

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN, LINGÜÍSTICA Y LITERATURA**  
**ESCUELA DE COMUNICACIÓN**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE LICENCIADO EN**  
**COMUNICACIÓN CON MENCIÓN EN LITERATURA**

**CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO DE NACIÓN EN LA NOVELA DE FRANCISCO**  
**CAMPOS COELLO: *LA RECETA, RELACIÓN FANTÁSTICA***

**AUTOR: MARTÍN BERNARDO ERAZO PÉREZ**

**DIRECTOR: FERNANDO ALBÁN**

**QUITO, 2022**

## **Agradecimientos**

A Camila Garzón, quien con amor y paciencia me extendió su mano durante el proceso de elaboración de este proyecto; este logro es tan mío como suyo.

A Lorena, Mario, Mateo y Martha, por su apoyo y compañía dentro y fuera de casa.

A Fernando Albán, Vicente Robalino, César Carrión, e Iván Mendizábal, por el conocimiento transmitido y su guía en materia académica.

A Francisco Campos Coello; el legado de su obra perdura hasta el día de hoy.

## Índice de Contenido

Introducción .....	1
1. Capítulo I: Análisis Narratológico.....	2
1.1. La Importancia del Tema.....	2
1.2. Personajes y Actantes .....	3
1.2.1. “R”.....	4
1.2.2. Señor X.....	7
1.2.3. Sara.....	9
1.2.4. Constancia y Esperanza.....	10
1.3. Narrador .....	10
1.4. Tiempo .....	12
1.5. Espacio .....	15
2. Capítulo II.....	18
2.1. Antecedentes Históricos.....	18
2.2. Contexto Político .....	22
2.3. Contexto Económico .....	28
2.4. Iglesia y Estado.....	33
2.5. La Literatura y el Género Novelesco.....	36
2.6. Impacto Científico -Tecnológico .....	39
3. Capítulo III.....	41
3.1. La Nación Imaginada .....	41
3.2. La Importancia del Proyecto de Dotación de Agua Potable .....	46
3.3. La Novela Proselitista.....	50
3.4. La Novela de Anticipación Científica.....	52
3.5. La Idea del Progreso en una Nación que se Construye. Un Mundo Utópico.....	56
Conclusiones .....	60
Referencias.....	61

## Introducción

La novela ecuatoriana del siglo XIX refleja la preocupación de los escritores de aquella época por retratar a la nación en función de las ideologías políticas. En un contexto donde la naciente República ecuatoriana buscaba, a toda costa, consolidar un sistema político y económico estable dentro de un panorama repleto de conflictos y separatismo regional, los novelistas comprendieron que, por medio del dispositivo literario, se podría consolidar dentro del imaginario social la idea de una nación idílica. De manera análoga, uno de los más importantes ideólogos del *liberalismo progresista*, célebre escritor y reconocida figura política de la segunda mitad del siglo XIX, Francisco Campos Coello, plasma en su obra de 1893, *La Receta, relación fantástica*, la idea de una nación utópica erigida a través del progreso científico y tecnológico. A fin de inmortalizar la obra de dotación de agua potable que, en un primero de enero de 1893, Campos Coello había inaugurado en su ciudad natal, Guayaquil, es que el escritor decide publicar *La Receta*; novela que, además de retratar la visión del mundo del autor, se encarga de *mitificar* el colosal proyecto urbanístico que Francisco Campos dejó para la posteridad.

Tomando en cuenta todo el trasfondo anteriormente descrito, el presente trabajo pretende hacer un análisis profundo de la novela, *La Receta*, en relación con el contexto histórico en que se publica. De modo que, el presente trabajo será dividido en tres partes, las cuales abordan distintas metodologías para el análisis textual, y que se encuentran estrechamente ligadas con el fin de poder determinar cómo Campos Coello construye el sentido de nación dentro de su novela. El primer capítulo se encarga de descomponer a la obra, por medio del análisis narratológico, en sus elementos más básicos: tema, personajes, tiempo, espacio y lugar. De este modo, se puede entender la interacción de estos componentes, colocados en favor de la intención del autor por construir una novela de anticipación con matices proselitistas. A continuación, el segundo capítulo se encarga de hacer un recorrido histórico desde la fundación de la República ecuatoriana hasta la publicación de *La Receta*. Abordando una serie de factores sociales, económicos y políticos, es que se puede contextualizar a la novela en relación con la etapa histórica que atraviesa al autor. Por último, el tercer capítulo recoge todos los datos anteriormente expuestos, para así estudiar integralmente a la novela de Campos Coello, en relación con el sentido de patria utópica que el autor crea dentro de la ficción.

## 1. Capítulo I: Análisis Narratológico

El primer capítulo del presente trabajo considera la importancia de la narratología como instrumento de análisis textual. Por tal, antes de partir con un estudio de los elementos históricos y sociológicos que rodean a la novela, *La Receta*, es pertinente una aproximación a la obra desde sus componentes fundamentales: todo aquello referente a la temática, el tiempo narrativo, los personajes, etc. Con el propósito de realizar un estudio lo más completo posible en materia de narratología, es preciso retomar la obra de autores clave en la investigación de esta disciplina; algunos de ellos son: Mieke Bal, Roland Barthes, Boris Tomachevsky, Algirdas Greimas, entre otros. Sus aportaciones en los campos de la teoría literaria, la semiótica y la lingüística son la base del análisis a continuación.

### 1.1. La Importancia del Tema

En la construcción de una trama dentro de las obras literarias se precisa de un elemento fundamental que es el tema. Para definir en qué consiste el *tema* es necesario conceptualizar a través de las herramientas que la teoría literaria de Boris Tomachevski provee. Para el formalista ruso, la variedad de frases que componen una obra literaria, al momento de juntarse unas con otras según su significado, resultan en una *construcción* que se sostiene por medio de un tema (Tomachevski, 1982). Es decir que, el tema de la obra es una composición que se da por medio de unidades semánticas que se encuentran a lo largo del texto, por lo que puede hablarse de un tema central que engloba a toda la obra, o de diversos temas que se encuentran distribuidos; como sostiene el autor: “Para que una construcción verbal constituya una obra unitaria, debe tener un tema unificador que se concrete en el desarrollo de toda la obra” (Tomachevski, 1982, p.179).

Consecuentemente, Tomachevski resalta la importancia en la elección de un tema central que circunde la obra y que, de tal manera, el interés del lector se capte con rapidez. No obstante, el término *lector* refiere a una variedad bastante heterogénea de personas, por lo que, con frecuencia, el escritor no tiene una idea muy clara de quien lo lee; aunque esto no limita su capacidad de siempre considerar al lector. “El tema elegido debe ser interesante. Pero el interés, la «implicación», asumen las formas más diversas” (Tomachevski, 1982, p.180). Para el autor, existe un tipo de *lector objetivo*, el cual se encuentra más alejado de la *práctica literaria*, y que concibe el interés tanto desde la búsqueda por obras *de consumo* que satisfagan simplemente una inclinación por una literatura más *agradable*, hasta una “conciliación de los intereses

literarios con exigencias culturales más amplias” (Tomachevski, 1982, p.180). Tomachevski plantea que, desde esa óptica, el lector sentirá un mayor enganche por los temas más *actuales*, por lo que, el tema elegido debe concordar con la necesidad del lector por satisfacer esas exigencias. Por ende, es menester que el escritor que desee despertar un mayor interés, opte por temas que trasciendan el paso del tiempo, o como Tomachevski los define, que sean «comunes a toda la humanidad»; dichos temas como el del amor o la muerte gozan de una *actualidad* permanente. A propósito del término *actualidad*, Tomachevski es muy claro para evitar cualquier tipo de confusión: “La «actualidad» no debe entenderse como representación de la contemporaneidad” (Tomachevski, 1982, p.181). Esta aclaración resulta, sin lugar a dudas, relevante en consecuencia con el análisis que el presente trabajo realiza sobre *La Receta*; pues, si bien se trata de una novela del siglo XIX, goza de suma *actualidad*, en la medida en que el gran tema que trata en cuanto a la consolidación de la patria por medio de una idea de progreso científico, sigue vigente hasta estos días.

## **1.2. Personajes y Actantes**

En términos simples, se puede hablar de los personajes como agentes cuya función principal es la de llevar a cabo las acciones. Es por tal que, a lo largo de este trabajo, se emplearán los términos: personajes y actores como sinónimos; que además se distinguen del concepto de *actante*, que de acuerdo con la autora Mieke Bal refiere a “una clase de actores que comparten una cierta cualidad característica...es por lo tanto una clase de actores que tienen una relación idéntica con el aspecto de intención teleológica, el cual constituye el principio de la fábula” (Bal, 1990, p.34). Además, se debe considerar que el posterior análisis toma en cuenta, únicamente, a los actores funcionales, entendiendo que, dentro de la obra existen “actores que carecen de un papel funcional en las estructuras de esa fábula porque no causan ni sufren acontecimientos *funcionales*” (Bal, 1990, p.33). Así pues, considerando que todo actante dentro del relato responde a una relación teleológica, es preciso traer a colación el renombrado *esquema actancial de Greimas*, que establece una clasificación de los actantes en función de lo que hacen, y no según lo que son. Además, este esquema o modelo actancial describe las funciones de los seis elementos centrales que lo componen: Sujeto/Objeto, Destinador/Destinario, Ayudante/Oponente (Greimas, 1987). Esta propuesta esquemática, será de suma utilidad para el desarrollo del posterior análisis en cuanto a personajes.

De forma breve, es necesario explicar el funcionamiento que desempeñan los tres, ya mencionados, pares de actantes en el esquema de Greimas. La primera relación, entre sujeto y objeto se asemeja a la relación existente entre sujeto y objeto directo en una oración; “Por ejemplo, en una típica historia de amor, los modelos se nos pueden presentar como sigue: Juan - quiere casarse con - María. Juan es el sujeto, María el objeto” (Bal, 1990, pp.34-35). Es decir que, se cuenta con un sujeto actuando en función de un objeto anhelado y perseguido por medio de la acción. El segundo binomio, conformado por destinador y destinatario en términos de Greimas (o también llamados dador y receptor por Mieke Bal), distingue entre dos tipos de actantes que pueden encarnarse tanto en figuras de personas, como en abstracciones; su función, tal como lo define la autora Mieke Bal, corresponde a lo siguiente: “...actores a la que llamaremos el dador, constituida por aquellos que apoyan al sujeto en la realización de su intención, proveen el objeto o permiten que se provea. La persona a la que se da el objeto es el receptor” (Bal, 1990, p.36). Evidentemente, durante el desarrollo de la fábula, el objetivo que persigue el sujeto se ve entorpecido por una serie de eventos que se interponen en el camino; es aquí donde interviene la última categoría conformada por un ayudante y un oponente, los cuales serán claves para el planteamiento y resolución de diversos obstáculos atravesados por el sujeto. “Es la presencia de ayudantes y oponentes lo que hace que una fábula tenga interés y sea reconocible” (Bal, 1990, p.39).

No obstante, es importante aclarar que el modelo actancial constituye, únicamente, uno de varios puntos de referencia hacia los cuales encaminar el posterior análisis en cuanto a personajes. “Las relaciones entre la gente y el mundo serán, por tanto, de sempiterna importancia en las fábulas; o por lo menos un tipo de relación entre actores que sea de naturaleza psicológica o ideológica, o de ambas al mismo tiempo” (Bal, 1990, p.44). Es así pues, que resulta fundamental destacar el notable componente político presente en *La Receta*, ya que es de suma utilidad para examinar otro tipo de relaciones con un carácter más ideológico; en las cuales se pone de manifiesto la lectura que realiza Campos Coello en cuanto a la realidad política de su época, y cómo opta por retratarla por medio de la ficción.

### **1.2.1. “R”**

El protagonista del relato e intradieгético (también llamado narrador-protagonista), casi desde un inicio se presenta como un anónimo, el cual se referirá a sí mismo, únicamente, como “R”; un cosmopolita guayaquileño que recorre las calles de Stuttgart como parte de un viaje

que realiza por varias naciones de Europa. Es debido a muy puntuales referencias, que el lector es capaz de dilucidar qué la identidad de R alude a la del propio escritor, Francisco Campos Coello. Ambas figuras nacen en el año 1841, y ambas se relacionan por un importante acontecimiento que ocurre tanto en la diégesis como en el mundo real; la primera obra municipal en traer el agua potable a la ciudad de Guayaquil. Por un lado, la narración destaca este acontecimiento como uno de los más significativos de su época en cuanto a progreso tecnológico, y del cual el personaje R afirma haber formado parte importante: “Yo habitante del siglo XIX, contemporáneo de la iniciación de las obras, y en cuya iniciación y trabajos tomé una parte muy activa, he tenido siempre la incontrastable fe en su éxito feliz” (Campos, 1893, p.31). Siendo el propio Campos Coello, en calidad de presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil durante el año de 1886, uno de los principales gestores de la obra, se manifiesta con clara evidencia el paralelismo entre autor y narrador.

El proceso por el cual Campos Coello mitifica su gran obra de dotación de agua potable para su ciudad natal se consolida por medio de *La Receta*, no obstante, este tema será tratado a mayor profundidad en los siguientes capítulos, aunque por el momento es importante mencionarlo, pues sirve para entender de mejor manera la dinámica entre R, el personaje y Campos Coello, el autor. Una vez establecida esta relación, se puede proceder a un análisis de personaje de R, y cuál es el rol que cumple dentro de la fábula. Retomando la propuesta del esquema actancial de Greimas como instrumento de análisis, es pertinente afirmar que el sujeto por excelencia dentro de la novela es el propio R, pues es este actante el que impulsa el desarrollo de la trama, el que narra la historia, es, en definitiva, quien motiva todo el transcurso de acontecimientos. Por consiguiente, de ser R un sujeto en términos del modelo actancial, es quien “traza la trayectoria de la acción y la búsqueda del héroe o del protagonista” (Saniz, 2008, p.96). Todo aquello en función de perseguir uno o varios objetivos, entre los cuales se encuentra, en un principio, la decodificación de un acertijo que ayuda al protagonista a “viajar en el tiempo”, cien años hacia su futuro.

De acuerdo con la teoría de George Polti sobre las *36 situaciones dramáticas*, se pueden identificar situaciones muy concretas en las que el personaje se enfrenta a la toma de una o varias decisiones que serán determinantes para la historia:

Es decir, la disposición y las relaciones que mantienen los personajes a lo largo de la historia crean una tensión o un conflicto que llamamos situación dramática estructural

porque actúa como un programa de significado dramático. Dicha situación surge en cuanto se establece una meta en el personaje central o, como decía Sastre, un proyecto: un protagonista luchando por algo particular, íntimo y concreto; un personaje manifestándose en la elección, ejerciendo su libertad ante los obstáculos, o lo que es lo mismo, conflicto con finalidad. (Pizarro, s.f., p.3)

Polti, divide el conjunto de situaciones en treinta y seis elementos de los cuales se derivan todas las posibles acciones dramáticas que requieren de, al menos, dos actantes con intenciones y objetivos contrapuestos. En el caso del acertijo que R se dispone a resolver, se tiene la primera situación dramática fundamental en la novela, la cual corresponde con el elemento número once, descrito por Polti en su teoría: un enigma que se le plantea al investigador, y que genera tensión hasta un momento de cierre o resolución en el que el personaje desentraña el misterio que hay detrás. (Polti, 1924). Este momento representa un punto de giro en la novela, en el cual tanto el protagonista como el lector son testigos de la primera gran revelación: el clímax de la obsesión del protagonista por comprender el significado del enigma, la razón por la que resuelve volver a Stuttgart luego de doce años, y que, finalmente, le ayuda a dilucidar el motivo por el cual el viejo X cifró un mensaje oculto en aquel folleto hace tanto tiempo. El protagonista recibe la llamada a lo desconocido, ha resuelto el enigma y se le ha otorgado una insólita oportunidad, la de preservar su cuerpo en perfectas condiciones por un plazo de cien años y despertar como si nada en un futuro que apenas puede imaginar. En términos del modelo actancial de Greimas, puede decirse que se ha consolidado una primera relación establecida entre sujeto y objeto, pues, por medio de la resolución de un conflicto, en este caso el enigma, el sujeto, R, ha alcanzado al objeto: desentrañar el misterio; y como un actante puede, fácilmente, participar de varias categorías actanciales, el señor X juega un papel tanto de ayudante como de destinador en esta relación, “...es decir, que un actante sufre transformaciones en el proceso narrativo, y dichas transformaciones llegan a ser múltiples en el transcurso del relato; para citar un ejemplo, un oponente puede llegar a ser un ayudante o viceversa” (Cruz, 2013, p.92).

Una vez que el protagonista supera dicha fase, la novela se sitúa de ahí en adelante, dentro del mundo futuro, el Guayaquil del año 1992. Con la compañía del señor Esperanza como guía, R comienza su recorrido por toda la ciudad, descubriendo todos los cambios que ha sufrido la urbe debido a los importantes avances tecnológicos y transformaciones en materia

de desarrollo social. Es en este contexto que el personaje realiza algunas observaciones sobre el nuevo mundo que lo rodea: “La ciudad ha rejuvenecido, ha crecido, se ha extendido. Las callejuelas, angostas y sucias, se han convertido en hermosas avenidas; las calles centrales, muchas de ellas sin pavimentar, se hallan hoy perfectamente empedradas...” (Campos, 1893, p.51). Este tipo de comentarios son habituales dentro del texto, y reflejan la visión a futuro del autor sobre el progreso; visión que se materializa en el trayecto que experimenta el personaje principal. Resulta de suma relevancia tomar en cuenta este aspecto que comparten personaje y autor, en tanto que la situación extratextual que rodea a la novela es imposible de ignorar, pues la influencia de la realidad en la historia ficcional juega un rol fundamental. “Incluso si no deseamos estudiar, como objeto de investigación independiente, las relaciones entre texto y contexto, no podemos ignorar el hecho de que el conocimiento directo e indirecto de ciertos personajes contribuye expresivamente a su significado” (Bal, 1990, p.89).

En consecuencia, resulta insuficiente limitar el análisis de personajes como R a parámetros como el de *personaje redondo* o *personaje llano*, pues estos se basan en un criterio de tipo psicológico; a la evolución que experimenta el personaje en cuanto a las decisiones que puede tomar conforme avanza la trama. Es por esto, que no supone mayor aporte limitar la descripción de R como *personaje llano*, siendo estos estables y estereotipados (Bal, 1990, p.89) ya que, si bien, el protagonista no presenta mayores cambios desde un punto de vista psicológico, y se trata, en efecto, de lo que se podría llamar, un personaje llano, resulta notable mirar desde la perspectiva actancial y extratextual la construcción del personaje. De tal forma, un tipo de análisis similar se efectuará con los demás personajes.

### **1.2.2. Señor X**

Este personaje, que también se trata de un anónimo, aparece por primera vez como producto de una casualidad, en la que R, al comprar un libro titulado “Historia de un muerto contada por él mismo”, se entera de que su autor vive en la misma calle en la que se encontraba en ese momento, en la ciudad de Stuttgart. Tal y como ocurre con “R”, la característica del anonimato en este personaje representa el espíritu que caracteriza a las obras de carácter proselitista, en el cual la idea de individuo queda desplazada pues, ante todo, es el proyecto político transformador el que prima por sobre los sujetos; sin embargo, esta idea será tratada a mayor profundidad en los subsiguientes capítulos. Continuando con la trama, una vez que R ha arribado a casa de este personaje, descubre que se trata de un anciano, El Viejo X, un

pintoresco sujeto que ha descubierto “una receta maravillosa, por la cual puede un hombre dormir desde uno hasta cien años y recordar cuando quiera, según la dosis y condiciones en que se aplica...” (Campos, 1893, p.17). Luego de muchos años, R no solo descubre la existencia de esta mágica receta, sino que también su extraordinario origen; es el propio Señor X quien relata la anécdota de cómo consiguió dicha fórmula. Rondaba el año de 1852 y el Viejo X recorría las murallas de un antiguo templo situado cerca de un pequeño pueblo en la India. Una vez allí, se topó con una cobra de aquellas cuya mordedura resulta siempre fatal, por lo que fue presa del miedo durante unos instantes. A pesar de esto, pudo darse cuenta de que un viejo faquir se conducía, al igual que él, al fatal encuentro con la víbora, por lo que decidió poner sobre aviso al hombre antes de que pudiese ser mordido. El demacrado anciano, muy agradecido por el gesto del Señor X, le sonrió y le dijo que no había nada por lo que temer, pues la cobra había sido inducida a un estado de catalepsia por su propia mano. A raíz de tal acontecimiento, ambos desarrollaron una pequeña amistad en la que compartían, mutuamente, sus conocimientos científicos; el más notable de ellos la extraña receta con la que un cuerpo humano puede dormir durante muchos años en perfecta conservación. Es ,así pues, que llegó a manos del Señor X el secreto de tal artificio; como un gesto de gratitud del viejo faquir por intentar salvar su vida de una posible mordedura de serpiente. Es desde este punto que se pueden identificar, en las dos relaciones: la del faquir con el señor X y las del señor X con R, que existen roles actanciales, en los que sobresalen un destinador y un destinatario. En ambos casos se ve formulada una paridad similar, en la que un destinador provee de un conocimiento a alguien que será beneficiado por las acciones que surjan de la transmisión de dicho conocimiento, es decir a un destinatario. En ambas relaciones, este saber transmitido de un actante a otro, es el mismo; la receta.

El destinador y el destinatario sostienen una relación básicamente de comunicación que se sustenta y se justifica en el SABER. Este destinador es el actante que participa como fuente y origen de un saber o de un presaber y que de cierta medida suscita las acciones del relato, mientras que el destinatario es quien se beneficia positiva o negativamente de "todas las acciones que se dan en la matriz actancial" (Cruz, 2013, p.15)

Además, el modelo actancial establece que el destinador funciona como un agente que incita al sujeto a poner en marcha las acciones que moverán la trama, cosa que sucede cuando el señor X transmite el saber de su fórmula a R, siendo en este caso R el sujeto que lleva a cabo

la acción de trasladarse cien años al futuro. Para complementar, incluso se conoce que la motivación del señor X para con R, fue la misma que la del faquir con el viejo X, es decir, que la relación con su destinatario partió de un mismo interés, a tal punto que repiten la misma frase al otorgar cada quien, respectivamente a sus destinatarios, la fórmula mágica:

“- Ahora, partid a vuestra patria y cuando queráis, haced el experimento.” (Campos, 1893, p.22). Incluso, cercana la culminación del relato, se muestra como el rol de destinador de ambos personajes, tanto del faquir como del señor X, se intensifica llegando al clímax, donde ambas figuras aparecen como visiones ante el protagonista que lo incitan a dar un último viaje, esta vez como invitado de la Academia de Ciencias de Soudan: “-Irás a Tombuctú. "¡Crees que te había de dar de balde, por un florín, cien gotas del elixir que te ha hecho dormir cien años! ¡Aquí estamos el faquir de Abdalaha, Presidente de la Comisión del Soudan, yo su secretario...!" (Campos, 1893, p.64).

### **1.2.3. Sara**

Sara es la hija del señor X, una joven hermosa con grandes dotes musicales que deleitan a R en varias ocasiones: “Su belleza nada tenía de común: era una belleza especial, pálida y blanca, como una estatua de mármol; tenía también el andar de las estatuas” (Campos, 1893, p.4). Su habilidad, no solo con el piano, sino también en el canto, la llevaron a interpretar la marcha fúnebre del señor X en un importante teatro de Viena; nadie podía quedar indiferente ante la encantadora música que producía, su efecto era casi mágico, en palabras del propio R: “todos flotaban en la atmósfera envueltos en las vibraciones armónicas que se mecían y se alejaban llevando esa armonía fuera del edificio y ascendiendo hasta las altas regiones de la atmósfera” (Campos, 1893, p.16). Las breves apariciones de Sara no tienen mayor relevancia en el desenvolvimiento de la trama; además, carece de una función como actante en la fábula. No obstante, su aparición en la obra es motivo de interés y atención para el lector, pues suscita a que el narrador se explaye en un lenguaje poético que va más allá de la descripción de acontecimientos. Además, en determinado momento, el recuerdo de la figura de Sara evoca en R el recuerdo de sus melodías, a lo que el protagonista se explaya en una concienzuda explicación sobre el carácter científico de la música. R establece que tanto el arte como la ciencia se valen de una serie de reglas inmutables que deben seguirse para alcanzar la perfección, “todo desacuerdo entre la obra y el modelo es un error” (Campos, 1893, p.13) manifiesta el personaje, sentando la idea de la búsqueda del modelo ideal por medio del

acatamiento de las normas establecidas; reflexión que corresponde con la búsqueda de una nación próspera por medio del desarrollo de las ciencias y el cumplimiento de las leyes.

#### **1.2.4. *Constancia y Esperanza***

Estos dos personajes, Santiago Esperanza y el señor Constancia acompañan al protagonista durante su estancia en el Guayaquil del siglo XX. Como actantes dentro de la fábula, su función corresponde a la de ayudantes que tienen una participación positiva en relación con el sujeto R. Santiago Esperanza aparece al inicio del tercer capítulo de la obra con la misión de guiar al protagonista a través del Guayaquil del año 1892; tal como su nombre lo indica (sin mayor sutileza), su personaje representa la esperanza que debe prevalecer en la conciencia ciudadana si lo que se busca es alcanzar el progreso idílico que este Guayaquil del futuro representa; no es coincidencia, por tanto, que el primer nombre del señor Esperanza sea Santiago, aludiendo a la leyenda en la que Francisco de Orellana bautiza a la ciudad como Santiago de Guayaquil en honor al apóstol, Santiago el Mayor. No tan distinto al rol que cumple Santiago Esperanza, es el rol del señor Constancia. Este personaje, presentado como consejero de la municipalidad es alegórico, como su nombre lo indica, del reconocimiento al trabajo y al esfuerzo realizado por los habitantes del siglo XIX, quienes han instaurado las bases del progreso que, más tarde, las personas del siglo XX han perpetuado; es por tal que, una importante intervención del señor Constancia va de la siguiente forma: “Sí, es verdad que en el siglo XX se han realizado maravillosas obras...hemos dado gigantescos pasos en el progreso material, es evidente que en el siglo XIX, se verificaron aun cosas muy grandes” (Campos, 1893, p.52).

### **1.3. Narrador**

Es inevitable iniciar este apartado con una apropiada conceptualización de lo que es un narrador, y para ello, hay que servirse de las definiciones de Mieke Bal sobre el tema. Ante todo, se debe establecer que los términos de narrador y agente narrativo serán empleados para referirse a un mismo concepto: “sujeto lingüístico el cual se expresa en el lenguaje que constituye el texto” (Bal, 1990, p.125). Por tal, no está de más recalcar que este narrador no corresponde al autor biográfico y que, para el propósito de un análisis narratológico, no es necesario tomar demasiado en cuenta las circunstancias presentes en la vida del autor; más adelante en los subsiguientes capítulos, será considerado el papel de Campos Coello como figura importante en la literatura ecuatoriana decimonónica. Además, en consecuencia, con

aquello que Mieke Bal define como lo que es y no es un narrador en su *Teoría de la narrativa*, es menester aclarar que tampoco se habla de un *autor implícito*, el cual es descrito en función de “la totalidad de los significados que cabe inferir de un texto, y no la fuente de dicho significado. Sólo tras interpretar el texto sobre la base de una descripción textual, se podrá inferir y comentar al autor implícito” (Bal, 1990, p.125).

En el caso de *La Receta*, el tipo de narrador que se utiliza es un Narrador protagonista, el cual es definido por Manuel Corrales en su *Iniciación a la narratología* como: “el típico narrador en primera persona que además es el personaje principal, el sujeto por antonomasia del relato” (Corrales, 2014, p.51). Como lector, resulta una tarea no muy compleja inferir de forma contundente, que en la obra se presenta un Narrador protagonista; de entrada, se arranca la novela con la siguiente oración: “Por el mes de agosto de 1870, recorría yo en una mañana que parecía de fuego las calles de Stuttgart” (Campos, 1893, p.1). Para empezar, se puede establecer que se trata de un Narrador personaje (NP) en contraste con lo que podría ser un Narrador externo (NE) ya que, como lo define Mieke Bal (1990), la distinción entre ambos radica en la intención narrativa; “Un NP suele mantener que cuenta hechos verídicos sobre sí mismo. Puede fingir estar escribiendo su autobiografía...La intención de un NE puede ser también la de presentar como verídica una historia sobre otros” (Bal, 1990, p.128).

En este sentido, el narrador en *La Receta* cabe dentro de lo establecido en el marco de un NP, pero también coincide como el elemento focalizador del relato. Para entender aquello que Mieke Bal (1990) define como *focalización*, es preciso remitirse primero a sus conceptos, para luego poder aplicarlos al ejemplo anteriormente mencionado en la novela de Campos Coello. Sobre la focalización, Mieke Bal establece que: “es la relación entre la «visión», el agente que ve, y lo que se ve” (Bal, 1990, p.110). Partiendo de esta conceptualización, la autora deriva que, por ende, un focalizador se constituye como “el punto desde el que se contemplan los elementos. Ese punto puede corresponder a un personaje referido a un elemento de la fábula, o fuera de él” (Bal, 1990, p. 110). Evidentemente, en el caso de la novela de Campos Coello, el focalizador corresponde con el protagonista dentro de la fábula.

Es por tal, que en esta novela se puede determinar desde un inicio cuál es la situación narrativa, aunque la focalización no recae permanentemente sobre el protagonista, sino también sobre otros agentes a lo largo de la obra; algo completamente normal, pues de acuerdo con

Mieke Bal, sería prácticamente imposible mantener la continuidad de una misma focalización a lo largo del relato.

Por otro lado, la narración, también denominada como *código del narrador* por Roland Barthes, se compone de dos sistemas de signos: el personal y el apersonal. Ambos sistemas al contrario de lo que pueda pensarse de forma intuitiva “no presentan forzosamente marcas lingüísticas que aludan a la persona (yo) y a la no-persona (él); puede haber, por ejemplo, relatos, o al menos episodios, escritos en tercera persona y cuya instancia verdadera es, no obstante, la primera persona” (Barthes, 1977, p.41). Así pues, dadas las características específicas del narrador de *La Receta*, tampoco representa mayor desafío descubrir la naturaleza personal en prácticamente la totalidad de los enunciados narrativos; la combinación desafortunada de ambos sistemas tiende a ser una característica común en géneros como el de la novela policial, y sirve como elemento que facilita un estilo de escritura que permita el misterio. No obstante, el estilo de Campos Coello se separa de estas formas que intercalan sistemas, optando por mantener cierto rigor por el sistema personal.

Por último, hay que señalar que la narración maneja un estilo muy concreto; es el estilo directo la fórmula elegida para describir las interacciones entre los actores: “Le miré sorprendido. «¿Estaré en algún manicomio?», me dije.

-No señor, no está usted en ningún manicomio -me contestó el extraño personaje, como si hubiera leído en mi alma-. Mis palabras son la expresión exacta de la verdad.” (Campos, 1893, p.3). Este estilo reproduce con total fidelidad lo dicho por los actores de manera explícita.

Tal como se ha podido apreciar a lo largo de este apartado, el ingrediente del narrador es el que asume la perspectiva con que se cuenta el relato; por tal, es indispensable conocer su función desde un punto de vista narratológico, pero también desde el modo en que se relaciona con el autor-biográfico, lo cual será motivo de análisis en los subsiguientes capítulos. Más adelante, se profundizará en la inmersión de Campos Coello como figura histórica dentro de la *diégesis* de su novela y las implicaciones que esto tiene en el personaje que lo representa en la obra.

#### **1.4. Tiempo**

Necesariamente, deben establecerse algunos conceptos que van de la mano con aquello que se entiende por tiempo dentro de un análisis narrativo. Fundamentalmente, la noción de tiempo está vinculada al cambio; es este cambio el que permite dar cuenta del paso del tiempo

por medio de la transición de un estado a otro. Así pues, todo proceso ocurre dentro de una sucesión temporal que, si se da de forma cronológica, en base a unos acontecimientos que siguen un orden, entonces se habla de una fábula, la cual, evidentemente, es experimentada o motivada por unos actores. Además, es importante distinguir este concepto del de trama, el cual refiere a la disposición que el narrador da a estos mismos acontecimientos y que, no necesariamente, siguen una sucesión cronológica. Manuel Corrales ilustra la distinción entre ambas categorías con el siguiente ejemplo:

Una cosa es el tiempo en la vida real y otra muy distinta el tiempo narrativo. Una historia puede haber durado cien años, y el narrador que la cuenta puede gastar en ella apenas unas pocas páginas. Y lo contrario: el resplandor fulminante de un rayo dura apenas un segundo o poco más; en cambio el narrador que nos lo cuenta; puede emplear en contarlo una o varias páginas. (Corrales, 2014, p.74)

Siguiendo esta misma sucesión de ideas, Mieke Bal (1990) se expone sobre dos conceptos, a su vez, muy importantes en cuanto a duración o lapso temporal que emplea una fábula: *Crisis* y *Desarrollo*, “el primer término indica un corto espacio de tiempo en el que se han condensado los acontecimientos; el segundo, un período mayor que presenta un desarrollo” (Bal, 1990, p.46). Además, la autora hace hincapié en que no existe un motivo en particular para otorgar mayor importancia a una forma por sobre otra; sin embargo, el empleo de la *crisis* suele ser frecuente en tragedias griegas u obras inspiradas en este género y, por otro lado, el *desarrollo* se puede apreciar con mayor regularidad en obras de tipo bélicas, de viajes, el *Bildungsromane*, entre otras. No obstante, hay que señalar que los principios que distinguen una forma de la otra no son invariables, sino relativos. “Una fábula tiende a un mayor o menor grado de una de ellas, o se queda en medio” (Bal, 1990, p.47). De igual manera, ambas formas no son por necesidad mutuamente excluyentes, sino que pueden intercalarse una con otra en un mismo texto. Sin embargo, y **siendo** este el caso de la novela de Campos Coello, se puede denotar una preferencia por cierta forma en lugar de otra; siendo esta la *crisis*. Dicho esto, es pertinente analizar la correspondencia entre las características que Mieke Bal establece en cuanto a la *crisis* con lo que se manifiesta a lo largo de la novela, *La Receta*.

En primer lugar, Mieke Bal afirma que: “La selección de una forma de crisis supone una restricción: sólo se presentan breves periodos de la vida del actor” (Bal, 1990, p.47), al contrario de lo que ocurre en un *desarrollo*, donde se presenta tanto material que puede existir

una tendencia por desarrollar una obra de amplia extensión, aunque no siempre sea el caso. Si bien, como ya se ha dicho antes, la corta extensión de una obra no es condición *sine qua non* para que esta entre, automáticamente, en la categoría de *crisis*, es un rasgo identificador importante. Tal es el caso con *La Receta* que, si bien desarrolla una historia que va desde el año 1870 hacia el 1992, la trama se detiene solamente en periodos breves en la vida de R, en los que se desarrollan los más significativos acontecimientos, sin profundizar demasiado en detalles menos oportunos sobre la vida de los actores; el uso de la elipsis como recurso que favorece a este estilo es frecuente. “Volví a América y el folleto en cuestión, en compañía de otros cientos, fue a ocupar un lugar en un armario, en el cual durmió el sueño de los justos durante diez años” (Campos, 1893, p.6).

A continuación, Mieke Bal ofrece varias pistas complementarias que ayudan a identificar con mayor precisión rasgos de lo que en un texto puede ser una *crisis* o un *desarrollo*. La siguiente consideración refiere al significado que subyace en el texto: “En una crisis, el significado es central e informa lo que podríamos denominar los elementos circundantes. La crisis es representativa característica de los actores y de sus relaciones” (Bal, 1990, pp.47-48). Puesto que la tesis que sostiene el presente trabajo refiere a la nación como tema esencial de *La Receta*, resulta pertinente afirmar que el *significado central* del texto se constituye a partir de esta misma idea de nación, la cual, por el contrario de como ocurre en un *desarrollo*, no se construye de forma lenta y pausada; “en un desarrollo, el significado global se construye lentamente a partir de la cadena de acontecimientos. El conocimiento de los actores y sus relaciones mutuas toma forma por medio de la calidad de los acontecimientos” (Bal, 1990, p.47). Para complementar, Mieke Bal sostiene que la alteración de un sistema cronológico, valiéndose de recursos como la elipsis o la analepsis, permite “ampliar el compás de la crisis y de reducir el desarrollo” (Bal, 1990, p.48). Así pues, la aparición de un actor secundario que cobra protagonismo con su propia fábula dentro de la fábula mayor representa, para Mieke Bal, un tipo de *desviación* que dilata el lapso del tiempo. Este último recurso se ve presente en la primera mitad de la obra, cuando la narración dedica un buen tramo del relato en contar la fábula del Viejo X con el faquir de Abdalahah; en cómo obtuvo en uno de sus viajes a la India la pócima mágica que le otorgó el gran poder de dormir muchos años preservando su cuerpo.

## 1.5. Espacio

A manera de preámbulo, Mieke Bal introduce el concepto de *lugar* antes de esbozar lo que, posteriormente, denominará como *espacio narrativo*. En un principio, se puede, de manera simple, afirmar que lugar refiere a dónde ocurren los acontecimientos y, en el caso de *La Receta*, no quedan demasiadas dudas de las localizaciones. Con frecuencia, Campos Coello se encarga de establecer con cierto detalle las características del sitio donde se desenvuelven los actores implicados, antes de desarrollar los acontecimientos. A manera de ejemplo está el inicio mismo de la novela: “Pocos paseantes había por consiguiente y, sin embargo, la calle en que me hallaba era la de mayor animación de la capital de Wurtemberg” (Campos, 1893, p.1). Por último, la localización por antonomasia de esta obra: la ciudad de Guayaquil, la cual es sin duda, descrita con amplio detalle bajo la lupa de la prospectiva del narrador: “Se ha llegado al Salado y la ciudad ha continuado al otro lado, por el cual se extiende unas doce cuadras. Guayaquil tiene hoy, pues, dos puertos como Constantinopla” (Campos, 1893, p.24).

Mieke Bal (1990) toma en consideración la perspectiva de Lotman en cuanto a la idea del espacio como elemento crucial en la imaginación humana. Por tanto, partiendo de la premisa de que la dimensión espacial es fundamental para nuestra especie, en tanto que sirve para reflexionar sobre conceptos tan abstractos como la distancia o el infinito, Mieke Bal resalta la importancia que juega el rol del espacio en las fábulas. “Es posible, por ejemplo, anotar el lugar de cada fábula, y luego investigar si existe alguna conexión entre el tipo de elementos, la identidad de los actores, y el lugar” (Bal, 1990, p.51). Igualmente, Mieke Bal hace hincapié en la importancia de los significados que se suelen adjudicar a los distintos tipos de lugares en una fábula; tomando en cuenta, por ejemplo, relaciones de contraste entre *interior* o *exterior*, abierto o cerrado, campo o ciudad. Estas dos últimas categorías de lugar, campo y ciudad, suelen funcionar como medio para establecer contraste entre riqueza y austeridad, civilización y barbarie, entre otras muchas posibilidades que pueden variar o invertir su connotación, de acuerdo a la que sea la intención del autor.

Cuando cabe relacionar varios lugares, ordenados en grupos, como oposiciones ideológicas y psicológicas, el espacio podrá operar como un importante principio de estructuración. Por ejemplo, alto-bajo, relacionado con favorable/desfavorable, afortunado/desafortunado, y que es una oposición que la literatura occidental ha heredado de la concepción bíblica del cielo y el infierno, y de la mitología grecolatina.

Lejos cerca, abierto-cerrado, finito-infinito, junto con conocido-desconocido, seguro-inseguro, asequible-inasequible son oposiciones que nos encontramos a menudo. (Bal, 1990, p.52)

En la novela de Campos Coello se hace alusión a la dicotomía entre tipos de lugares y en cómo a estos se les confiere un significado determinado. Como primer ejemplo está la relación entre Europa y Asia, a través de la mirada del señor X. Este personaje, un explorador que representa fielmente el espíritu del cosmopolita que, partiendo desde Alemania, cuna de grandes descubrimientos científicos que vieron la luz en el siglo XIX, a la mano de eruditos como Robert Bunsen en la rama de la química o Georg Simon Ohm en la física y matemática, decide emprender su viaje a un territorio situado entre Abdalahah y Calcuta en la India. Siendo este el lugar donde el gran misterio del faquir es revelado, un sitio repleto de exotismo donde un nuevo tipo de conocimiento espera ser descubierto por el señor X; un mundo que se distingue ampliamente de las agitadas urbes europeas. Es así que, el señor X aprovecha los nuevos saberes que este mundo le ofrece: “Aquel faquir se hizo muy amigo mío. Confióme varios secretos científicos que él solo poseía. Me enseñó varias experiencias sobre magnetismo que me asombraron” (Campos, 1893, p.20).

Asimismo, más adelante en la novela, este recurso que expone dos lugares que manifiestan sentidos distintos o contrapuestos, se hace presente. Cuando la Academia de Ciencias del Soudán le propone a R viajar a Tombuctú para presentar el secreto que lo trajo desde el siglo XIX hasta el año 1992, R se niega contundentemente, a lo que el Comisionado de la Academia le increpa por tomar esa decisión. El delegado manifiesta su descontento y trata de disuadir a R mencionando que Tombuctú es ahora un centro urbano impresionante, donde el conocimiento científico ha alcanzado un renovado esplendor, no visto desde el siglo XIV. De tal manera, se establecen dos categorías de lugar dentro de la fábula, donde se expresa la idea de centro y periferia; se explica cómo Tombuctú, por medio del aparato civilizatorio del progreso científico pasó de ser, en el tiempo de R (siglo XIX), un “triángulo de piedra a las puertas del Sahara, casi a las orillas del Níger, sin más medios de comunicación que los camellos sobre las arenas del desierto o las piraguas indígenas sobre las aguas de su inmenso río” (Campos, 1893, p.63) a una importante ciudad unida por medio de las líneas férreas con otras metrópolis como Berlín, Madrid, San Petersburgo o Viena; “las hijas del Soudan visten hoy con el lujo y la elegancia de las grande naciones de Europa. Se muestra la noción de urbe

europea como canon de lo que representa la civilización, así pues, un lugar que forma parte de la periferia como lo es Tombuctú, en relación a las ciudades europeas como centro de la cultura y el conocimiento, encuentra su realización como metrópoli que ha logrado el progreso, en cuanto esta se acopla al modelo ideal.

Finalmente, el lugar como concepto dentro de la fábula, pasa de ser el sitio donde los personajes realizan los acontecimientos, a convertirse en algo más. Es así pues que, Mieke Bal establece una definición de lo que es el *espacio* dentro de la fábula; siendo, un lugar vinculado directamente con un tipo de percepción que proviene, ya sea de un personaje situado en el espacio o de una percepción anónima. Consecuentemente, Mieke Bal refiere a la vista, oído y tacto, como tres sentidos que ayudan a construir la presentación de un espacio determinado. Tal como se ve en uno de los ejemplos anteriores, la construcción del espacio del Tombuctú que se describe, previo al siglo XX, está determinada por ciertos aspectos visuales que se narran, tales como los “ríos inmensos del Níger” o los camellos sobre los desiertos, los cuales requieren no solo de la creación de una imagen “por medio de características generales” (Bal, 1990, p.103) sino del marco de referencia que tiene el lector sobre el espacio descrito en cuestión. En el caso del Guayaquil imaginado en *La Receta*, se trata de un espacio que implica no sólo *lugar de acción* sino, como Mieke Bal lo llama, un *lugar de actuación*, donde se desarrolla un auténtica y detallada atmósfera. “El hecho de que «esto está sucediendo aquí» es tan importante como «el cómo es aquí», el cual permite que sucedan esos acontecimientos (Bal, 1990, p.103).

## 2. Capítulo II

### 2.1. Antecedentes Históricos

La primera mitad del siglo XIX dio luz, en un período de poco más de dos décadas, a una serie de procesos independentistas en el territorio ecuatoriano, los cuales sirvieron de antesala a la anexión con la llamada Gran Colombia, y su posterior separación. Al poco tiempo de esta disgregación, durante el 13 de mayo de 1830, en la ciudad de Quito, se resuelve la creación de un Estado conformado por los pueblos del Distrito del Sur; una nueva república da sus primeros pasos. Ya en agosto del mismo año, se conforma la primera Asamblea Constituyente en la ciudad de Riobamba donde los presentes discuten sobre cuál será el nombre con el que se bautizará a la nueva nación; el nombre de Ecuador fue el elegido como homenaje a los científicos de la Misión geodésica francesa y sus estudios sobre la línea equinoccial. No obstante, la naciente república enfrentaba una serie de dificultades a raíz de todos los procesos de transformación acontecidos décadas atrás. Según el historiador Enrique Ayala Mora, la regionalización del país, desde sus inicios, estableció la existencia de tres territorios que, finalmente, terminan de consolidarse con la aparición de Ecuador como república: La Sierra centro-norte, la Sierra sur y la cuenca del río Guayas; cada uno con sus respectivos ejes en las ciudades de Quito, Cuenca y Guayaquil. Este último se caracteriza, fundamentalmente, por un vertiginoso crecimiento del latifundio asociado a la exportación de productos; no obstante, la relación que sostenía con los territorios en la región Sierra era paupérrima. Si bien las causas y, por ende, los efectos de esta limitante se fueron atenuando con el pasar de las décadas, la profunda división entre los territorios del Ecuador se mantenía como una problemática que obstaculizaba el ideal de muchos intelectuales del siglo XIX: el ideal por una nación unificada por los valores del progreso; Francisco Campos Coello aboga por esta causa a lo largo de sus obras y *La receta* no es una excepción.

Retomando la descripción anterior, en cuanto al panorama nacional, es preciso mencionar la importancia que tuvo la ruptura con el sistema colonial, pues esto supuso, en un principio, una seria desventaja en materia de comercio exterior. Como menciona Ayala Mora, eventualmente, Gran Bretaña, entre otras potencias capitalistas, servirían como nuevos puntos para destinar las relaciones comerciales del Ecuador; así pues, las zonas del litoral fueron las primeras en experimentar los efectos producidos a raíz de estos intercambios mercantiles: “El desarrollo del comercio externo aceleró el crecimiento poblacional y económico de la Costa,

pero al principio no logró articular toda la economía del país. Eso sucedería en las décadas finales del siglo XIX” (Ayala. 2008. p.26). Este crecimiento económico que ve su esplendor durante la segunda mitad del siglo XIX se ve reflejado en el desarrollo de ciudades como Guayaquil, puerto principal del país; no en vano, Campos Coello ve en esta creciente urbe el potencial que inspira la creación prospectiva vista en *La receta*.

A pesar de todo, las primeras décadas del Ecuador como República se caracterizaron por una intención consciente, de parte de diversos sectores de la sociedad (especialmente de los ideólogos latifundistas), por alcanzar una articulación a nivel económico y, en última instancia, a nivel social y cultural a lo largo del territorio. No obstante, Ayala Mora indica que a pesar de que el *proyecto nacional criollo*, encabezado por los latifundistas, buscaba cohesión entre los poderes locales por medio de un Estado central, la ansiada unificación no pudo lograrse; la naturaleza excluyente en relación con la mayoría de la población campesina y urbana, mestiza o indígena, desembocó en un proceso de construcción nacional limitante. “La naciente república surgió sobre bases de dominación económico-social de los indígenas, campesinos mestizos y grupos populares urbanos. Por ello, el largo proceso de construcción nacional no ha estado exento de conflictos” (Ayala. 2008. p.27). Es importante señalar cómo las diversas *formaciones económico-sociales* y su carácter de disgregación entre unas y otras dificultaron la consolidación del poder de un Estado central; desde los procesos independentistas hasta la última década del siglo XIX predominaba “dentro de las haciendas el concertaje y otras formas de corte servil y precapitalista, junto a la pequeña producción rural y artesanal, e inclusive algunas relaciones salariales más modernas” (Ayala. 2008. p.27).

Como se ha establecido anteriormente, el Ecuador (junto con gran parte de otras nacientes repúblicas a nivel latinoamericano) experimentó, a lo largo del siglo XIX, un problema de regionalización en su territorio que dificultaba los procesos de intercambio económico, y que remarcaba la importante brecha entre los grupos de élite latifundistas y el resto de la población. Por ende, el Ecuador sostuvo un innegable retraso en cuanto a la transición hacia un sistema predominantemente capitalista; proceso que muchas naciones a nivel mundial habían consolidado, ya incluso desde la época de los períodos independentistas latinoamericanos. A propósito de esta afirmación, el historiador Juan Maiguashca (1994) retoma las ideas de Manfred Kossok sobre el rol del Estado en la formación de las naciones hispanoamericanas con respecto a otras. Ambos historiadores concuerdan en que el Estado

burgués o Estado moderno se consolida de forma complementaria a la “*homogeneidad socio-económica y cultural-lingüística*” (Kossok, 1984, como se citó en Maiguashca, 1994) dentro de los procesos revolucionarios en países como Francia e Inglaterra. Por el contrario, en la formación de las naciones hispanoamericanas el Estado fue una pieza fundamental en el intento de consolidar a estas nuevas repúblicas; en este caso, las nacientes repúblicas carecían de dinámicas capitalistas lo suficientemente sofisticadas, donde el mercado nacional fuese lo suficientemente sólido como para lograr el propósito de consolidación nacional. Sobre el papel del Estado como institución y su función en la *integración nacional*, Juan Maiguashca se extiende a detalle; muchas de sus ideas serán retomadas posteriormente en el presente trabajo.

Campos Coello desarrolla su obra en un contexto donde gran parte de las limitantes anteriormente descritas, si bien no se han superado en su totalidad, se han atenuado debido a una paulatina inserción del Ecuador hacia un modelo capitalista con un mercado interno mejor constituido. Esta etapa histórica da sus primeros pasos a finales del siglo XIX, en lo que Enrique Ayala Mora denomina un segundo período, caracterizado por un *proyecto nacional mestizo*. En consecuencia, si se habla de un segundo período es porque existió un avance desde un primer período; este comprende toda la etapa desde la formación de la república hasta la década de los noventa del siglo XIX. Ya que este apartado en concreto refiere al contexto histórico previo a la publicación de *La receta*, por el momento es preciso enfocarse en el primer período; caracterizado por lo que Ayala Mora define como un *proyecto nacional criollo*, donde la colaboración del mercado internacional era incipiente y, donde a pesar de la ruptura con el sistema colonial, muchas de sus dinámicas prevalecían; Ayala Mora las describe de la siguiente manera:

El fuerte sentido corporativo y estamentario continuó sobre las fórmulas republicanas; se mantuvo la discriminación racial y la exclusión de la mujer de la vida política. Los rasgos aristocratizantes continuaron articulando las relaciones sociales, la cultura y la ideología. Tradiciones paternalistas siguieron rigiendo las relaciones sociales. (Ayala. 2008. p.28)

Además, los enfrentamientos entre grupos de poder de la Sierra y Costa ecuatoriana incrementaron las dificultades por alcanzar un sentido de integración; pues, no solo estas entidades oligárquicas fungieron el control absoluto de la política a nivel regional, relegando la participación de la mayoría de la gente, sino que también pugnaban entre ellas el control de

varios sectores económicos. Como ejemplo de esto, Ayala Mora menciona cómo se disputaba el control por la mano de obra, la cual resultaba escasa sobre todo en la zona del litoral. A raíz de esto, instituciones como la del ejército tenían la función de mediar en estos conflictos; mientras tanto, la institución de la Iglesia se beneficiaba constantemente de los tributos, manteniendo funciones en el ámbito educativo y llevando el registro de nacimientos, defunciones, matrimonios y demás; así pues, perpetuaba su estatus como religión oficial y única dentro del territorio ecuatoriano. El cúmulo de estos factores desembocó, eventualmente, en una inestabilidad que no podría sostenerse por mucho tiempo, y que llevó al país a una transformación de corte liberal a finales de siglo. En consecuencia, la promesa progresista del liberalismo lleva a intelectuales de la época como Campos Coello a trazar, por medio de sus obras, los parámetros a seguir para avanzar hacia un modelo cercano al progreso idílico. No obstante, es preciso recordar ciertos eventos clave en la historia nacional que antecedieron a la Revolución liberal de 1895, pues son los que moldearon el entorno en el cual Francisco Campos Coello escribió su novela, *La receta*.

El primer presidente del Ecuador, Juan José Flores, fue designado como tal en la primera Asamblea Constituyente y su mandato se caracterizó por una tendencia marcada al caudillismo que, eventualmente, despertó el rechazo por parte de la oligarquía guayaquileña, la cual se levantaría contra el dictador, derrocando su tercer y último mandato en el año 1845. Este levantamiento, conocido como Revolución marcista, surge como respuesta a las intenciones de Flores por perpetuarse en el poder por medio de su Carta de esclavitud; no obstante, las diferencias entre Flores y sus detractores se remontan a los comienzos mismos de la formación de la república, pues al ser el primer mandatario de tendencia que apostaba a promover un Estado unitario, sus enemigos políticos, por el contrario, se inclinaban más a la instauración de un régimen de corte federal, donde los principales ejes de la producción económica: Quito, Guayaquil y Cuenca, gozaran de cierta autonomía con respecto al poder central. Así pues, una vez llegados los *marcistas* al poder, se decantaron por un régimen que, si bien no era estrictamente federalista, otorgaba cierto poder a las administraciones locales. Juan Maiguascha menciona que un ejemplo de esto se dio con la elección de los Gobernadores provinciales, quienes serían designados a partir de ese punto, por medio del sufragio, y no por elección del Ejecutivo.

Posteriormente, José María Urvina llega al poder luego de derrocar a una de las principales figuras de la Revolución marcista, Diego Noboa. Si bien el gobierno de Urvina surge como una dictadura, termina elegido por medio de una Asamblea Nacional en el año 1852. Así pues, la figura de Urvina cobra suma relevancia en cuanto a la instauración de políticas de corte liberal, pues entre algunas de las medidas que adopta su gobierno se encuentra: “la abolición de la esclavitud, la supresión del tributo indígena y medidas a favor de los campesinos serranos” (Ayala. 2008. p.29). No obstante, las críticas por parte de los sectores más conservadores de la sociedad surgieron; estas críticas provenían, sobre todo, de parte de las élites del latifundismo tradicional, el cual subsistía, fundamentalmente, gracias a la explotación de la población campesina. Con el transcurrir de los años, la inestabilidad política del país se acrecentaba hasta la aparición de una importante figura que regentó el poder durante dos períodos presidenciales: el primero desde 1860 a 1865, y el segundo de 1869 a 1875; esta figura fue Gabriel García Moreno. El proyecto *garciano* logró consolidar de mejor manera el Estado Nación por medio de una centralización más organizada; de este modo llegó a conciliar a diversos grupos oligárquicos regionales, y estableció una mejor comunicación en el país, e inició proyectos de crecimiento urbano, mejoramiento del sistema educativo, y, en términos generales, implementó condiciones más aptas para el desarrollo de una economía que (teniendo como principal fuente de exportación al cacao), se abrió paso a los mercados internacionales. En palabras de Ayala Mora, refiriéndose a García Moreno: “Por una parte impulsó la modernización y consolidación estatal, estimuló la producción y el comercio, desarrolló la ciencia y la educación; por otra, impuso una ideología reaccionaria excluyente y represiva, con la dictadura clerical-terrateniente” (Ayala. 2008. p.30). Sin embargo, el mandatario no pudo ocupar nuevamente el cargo tras su tercera reelección, pues fue asesinado al poco tiempo, un 6 de agosto de 1875; para fortuna de sus detractores, el dictador había muerto, mientras que las oligarquías latifundistas, con el apoyo de la Iglesia, pelearon por mantener su poder.

## **2.2. Contexto Político**

Una vez que ya se ha establecido, aún a breves rasgos, cuál fue el ambiente político, económico y social que existía en el Ecuador decimonónico desde el inicio de la república hasta poco más una década antes de la publicación de *La receta*, es preciso continuar con el estudio de los factores políticos que desencadenaron en el surgimiento de las corrientes liberales dentro

del país. A fin de entender cómo la ideología del liberalismo repercute en el pensamiento político de Campos Coello (y por consiguiente en su novela), es menester repasar sobre los eventos previos que llevaron al Ecuador hacia lo que Enrique Ayala Mora denomina como: *Proyecto nacional mestizo*.

Un importante crecimiento económico desde finales de los años setenta y principios de los ochenta se dio en función del auge cacaotero. El desarrollo de este llamado *boom del cacao* será tratado con mayor énfasis posteriormente en el avance del presente trabajo; no obstante, por el momento es relevante traerlo a colación, con el propósito de describir ciertas relaciones de tipo precapitalista que imperaban en el sector productivo latifundista. Ayala Mora describe brevemente la manera en que se operaba dentro de las plantaciones agrícolas: “Las plantaciones funcionaban a base del trabajo asalariado de grupos de jornaleros, y de redentores, jefes de familia que cultivaban la fruta en tierras del latifundista y le entregaban sus cosechas de cacao en pago de una deuda” (Ayala. 2008. p.30). Este tipo de dinámicas, fundamentalmente ancladas en procesos de explotación donde los mayormente beneficiados eran los latifundistas del litoral (dado que la producción del cacao se daba, principalmente, en las zonas de Guayas y Los Ríos), llevaron a que los terratenientes experimentaran un gran beneficio económico, lo cual se tradujo a un crecimiento en ciudades como Guayaquil, donde banqueros y comerciantes establecieron negocios altamente lucrativos, vinculados con el comercio del cacao y la demanda del fruto a nivel internacional. Dado el paulatino ascenso de esta burguesía, que surge como una vertiente más moderada del conservadurismo que imperó en la época *garciana*, nuevas formas de entender la acumulación del capital y las relaciones de trabajo empiezan a ganar terreno (Mendizábal, 2016). En consecuencia, la ciudad de Guayaquil se convierte en un eje crucial en materia de desarrollo, donde una creciente élite, cada vez más inmiscuida en la política, abraza con más fuerza el camino de un liberalismo burgués. Por tanto, no resulta trivial el situar en este contexto el surgimiento de un autor como Campos Coello, pues es este mismo contexto el que da pauta para el crecimiento de la idea del progresismo; idea que para el escritor es fundamental al momento de crear su novela.

Retomando el desarrollo de los eventos históricos, es importante entender que a partir de la muerte de García Moreno no se llevó a cabo un proceso unidireccional y unitario por parte de las clases políticas y las élites económicas en función de un único proyecto de restauración nacional; todo lo contrario, prevalecía una fragmentación entre facciones de un

conservadurismo más radical y otro más moderado, sin contar la polarización entre las oligarquías costeñas y serranas; en definitiva el panorama político, económico y social era convulso y desarticulado. Así pues, al poco tiempo de que se haya dado el magnicidio de García Moreno, una nueva figura se hace con el poder luego de la conspiración contra Antonio Borrero; Ignacio de Veintemilla. Su posicionamiento como *Jefe supremo*, significó, no solo el ascenso de una nueva forma de dictadura sino también el enfrentamiento materializado entre la oligarquía costeña que respaldaba a Veintemilla, contra la resistencia serrana de lado del conservadurismo *garciano*. Tal enfrentamiento llevó a un conflicto bélico que terminó con el avance de las tropas de Veintemilla a la ciudad de Quito, con lo que el futuro dictador pudo finalmente alcanzar el poder. Ayala Mora indica que el dictador inició con medidas de corte liberal en contra de la Iglesia, pero que, poco a poco, “ya elegido presidente constitucional, cambió su actitud y realizó un gobierno oportunista y estéril, que desperdició una coyuntura de particular auge económico” (Ayala. 2008. p.30). No obstante, al poco tiempo de iniciado su segundo período como *Jefe supremo*, el descontento general de múltiples sectores se acrecentó, lo cual se vio reflejado en una serie de levantamientos insurgentes, en los que personajes como Eloy Alfaro y José Plácido Caamaño cobraron gran protagonismo como figuras opositoras al régimen. Finalmente, el dictador fue derrocado y huyó del país a mediados del año 1893 al verse acorralado por las tropas rebeldes.

Consecuentemente, Ayala Mora indica que este suceso fue importante para la consolidación de lo que décadas más tarde serían los partidos políticos modernos; pues, luego del derrocamiento del dictador, las fuerzas del liberalismo y el llamado *garcianismo*, se separaron en diversas vertientes con sus propias formas de entender la política. La conocida como *Unión Republicana* entra en acción como una especie de antesala al liberalismo radical y como superación del conservadurismo *garciano*; empero, no tardó demasiado en bifurcarse en una facción de *ultramontanos*<sup>1</sup> (los cuales posteriormente se darían a conocer como: Partido Católico Republicano) y *progresistas*. Estos últimos, resultaron relevantes en el panorama

---

<sup>1</sup> El término *ultramontanismo* cuenta con diversas acepciones, las cuales aparecen entre la Edad Media y el siglo XIX conforme se resignificaba el concepto a través del tiempo. En este caso, se usa para referir a un tipo de doctrina en la que se reconoce a la figura del Sumo Pontífice por encima del poder político dentro de los Estados regidos por la figura del Concordato. En el Ecuador decimonónico, los *ultramontanos* persiguieron la continuidad de una forma de organización que mantenga la estrecha relación Iglesia-Estado instaurada, anteriormente, bajo el mando de Gabriel García Moreno.

político previo a la *Revolución liberal*, pues su corriente de corte liberal-católica, ofrecía una opción “tercerista” ante un escenario político antagónico entre conservadores y liberales. Algunos de los más importantes *progresistas* de la *Unión Republicana* fueron Plácido Caamaño, Antonio Flores y Luis Cordero, los cuales impulsaron su proyecto político a través de un manifiesto donde se ilustra muy bien la postura de sus gestores; una postura que aboga por la acción inmediata en lugar de las disputas ideológicas, siempre manteniendo su característica doctrina de tinte católico no radical. El siguiente fragmento ejemplifica con acierto lo más esencial en la propuesta de los llamados *progresistas*:

Unión Republicana se propone ante todo ser práctica en sus principios apartándose de sus estériles disputas que a nada conducen: decimos mal; conducen a irritar las pasiones, a provocar innobles represalias, a obscurecer la verdad, a manchar la conciencia, ofender a Dios y perder la sociedad. Las discusiones, sobre todo las discusiones religiosas. fueron en todo tiempo la ruina de la religión y del Estado [...] (Maiguashca. 1994. p.391)

Tal y como se puede ver en el anterior fragmento, este manifiesto no solo propone el establecimiento de un consenso en la que parece una irremediable separación entre conservadores y liberales, sino que también propone una llamada a la acción inmediata en temas de necesidad, esto en lugar de perpetuar las continuas disputas ideológicas que encaminaban a la república a un permanente separatismo. Esta propuesta del *progresismo* proviene de lo que Juan Maiguashca denomina como un *rechazo por la utopía*. El autor explica que a partir de los años 50 hasta finales de los 70 las luchas ideológicas en la nación eran incesantes, reflejando la inestabilidad política fruto de la continua pugna por el poder entre liberales y conservadores. Maiguashca sostiene que una de las principales consecuencias de esta inestabilidad fue el desencanto generalizado por parte de la población por el relato utópico de una nación próspera y unificada; por consiguiente, se dio una mayor valoración por los asuntos pragmáticos e inmediatos. No es en vano entonces, que los impulsores del *progresismo* hayan optado por un enfoque más afín a este desencanto por el valor utópico. Así pues, aquellos representantes de este movimiento encaminaron su proyecto a una reconciliación entre el *poder* y el *pueblo*; exhibiendo una aparente simpatía por los asuntos populares, pero al mismo tiempo, manteniendo una “imagen de círculo cerrado” (Maiguashca. 1994. p.393) conformada solo por actores de la élite progresista. En consecuencia, el autor expresa que, justamente, fue la

incomprensión por parte de los *progresistas* por el valor del relato utópico, lo que los llevó al fracaso en su proyecto: “Al descartarla sistemáticamente, estos anularon su capacidad de convocatoria. En estas circunstancias no les fue posible construir una base social que les fuera de soporte” (Maiguashca, 1994, p.393).

A pesar del fracaso por parte del frente político encabezado por los *progresistas*, el cual se muestra definitivo con la salida abrupta de Luis Cordero de la presidencia en el año 1895, esto no impide que la figura de uno de sus principales ideólogos, Francisco Campos Coello, se mantenga vigente; incluso, el propio Eloy Alfaro, líder del liberalismo radical opuesto al liberalismo católico de sus predecesores, reconoce a Campos Coello y lo distingue de los otros liberales progresistas, a quienes tilda de “curuchupas”. Este sesgo católico predominante en el liberalismo progresista, no le fue ajeno a Campos Coello, quien simpatizaba tanto con dicho proyecto, que le llevó a ser, a lo largo de las presidencias de Plácido Caamaño, Flores Jijón y Cordero, nombrado al frente de diversos cargos públicos que incluyeron: Ministro de Instrucción Pública, Jefe Político y Gobernador de Guayaquil. No es fortuito pues, que *La Receta* sea una novela que conserva la esencia de ese liberalismo progresista que ve como fundamental el accionar inmediato como medio para impulsar el avance de la nación. Es así, que gran parte de la novela se basa en el protagonista descubriendo qué tanto ha crecido la ciudad de Guayaquil en materia de obras públicas y desarrollo en las áreas de educación, sanidad y cultura. No obstante, hay que recalcar que Campos Coello, a diferencia de otros liberales progresistas, no abandona la idea del valor de la utopía; al contrario, por medio del dispositivo literario, el autor construye un relato donde el liberalismo utópico es el que impulsa el progreso de una nación.

Es así que, el contexto político en el que Campos Coello gesta su novela se caracteriza, no solo por el ascenso del fervor progresista en la nación, sino por la conquista de la Revolución liberal que en 1895 se materializa desplazando al *tercer partido* e imponiendo una nueva forma de organización que separa, irremediabilmente, Estado e Iglesia; quitando del mapa los intentos del *progresismo* por conciliar ambos. Los siguientes datos muestran la consolidación del *progresismo* como “tercer” partido y el ascenso del liberalismo en las curules del Congreso.

**Tabla 1***Porcentaje de Senadores y Diputados en el Congreso del Ecuador: 1888 - 1892*

<b>Senadores</b>			
	<b>Conservadores</b>	<b>Liberales</b>	<b>Progresistas</b>
1888	8 (30%)	7 (26%)	11 (42%)
1890	11 (37%)	9 (30%)	10 (33%)
1892	5 (18%)	13 (46%)	10 (36%)
1894	5 (15%)	19 (56%)	10 (29%)
<b>Diputados</b>			
1888	10 (33%)	9 (30%)	11 (37%)
1890	8 (21%)	12 (32%)	18 (47%)
1892	11 (32%)	12 (34%)	12 (34%)
1894	9 (27%)	14 (41%)	11 (32%)

Tal como indican los datos, la acogida de la corriente progresista en el Congreso decrece conforme se avanza a la década del noventa; por el contrario, la facción liberal toma mayor fuerza, llegando a su máximo porcentaje de representación de senadores y diputados en el año 1894; justamente, el año anterior al triunfo de la Revolución liberal encabezada por el General Eloy Alfaro y su golpe de Estado. Es entonces que, a raíz del triunfo del liberalismo, se produce una etapa de “transformación” que, para Ayala Mora, implica una época de beneficio para la *burguesía comercial y bancaria*. No obstante, el autor menciona que se produjo un fuerte dinamismo en los sectores populares vinculados con el campesinado y el gremio de artesanos; sobre todo, de aquellos situados en la Región Costa, lo que dio paso a lo que Enrique Ayala Mora denomina como *proyecto nacional mestizo*. Dicho proceso, trajo consigo una transformación de corte político-ideológico que no se veía desde hacía décadas en el país. No solo se pretendía impulsar un programa de integración económica con obras como la del ferrocarril Quito-Guayaquil, sino que, como menciona el autor, la supremacía del *latifundismo clerical* queda por fin terminada y se reemplaza por el predominio de la *burguesía y sus aliados*. Sin embargo, este proceso no consiguió “desmontar la estructura latifundista de la

Sierra, ni abolir el poder regional terrateniente” (Ayala. 2008. p.32), pero pudo deslindar al latifundismo imperante de los intereses de la Iglesia.

### **2.3. Contexto Económico**

El crecimiento urbanístico de las ciudades latinoamericanas a finales del siglo XIX e inicios del XX fue inmenso, esto debido a la gran expansión económica producida por la exportación de materias primas; en el caso de Ecuador, una de las principales urbes beneficiadas por este fenómeno fue Guayaquil, la cual experimentó un vertiginoso crecimiento, en gran parte, gracias al segundo auge cacaotero. El también conocido como *boom del cacao* propició las condiciones necesarias para impulsar a la economía ecuatoriana hacia un mercado de exportaciones; por tal motivo, el siguiente repaso del contexto económico del país, en la segunda mitad del siglo XIX, tiene como eje central al Guayaquil decimonónico, en torno al segundo auge cacaotero. Por tal, el presente apartado se apoya en el análisis realizado por el historiador norteamericano, Ronn F. Pineo, en su ensayo titulado *Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925)*. Su investigación histórica recoge los más importantes aspectos socioeconómicos que influyen en el desarrollo de la ciudad porteña durante el mencionado período; a su vez, servirá como medio para entablar una relación entre el Guayaquil de la época y el mundo a través de las letras de Francisco Campos.

Ronn Pineo empieza su ensayo citando las palabras que el explorador alemán Franz Theodor Wolf enunció en su regreso a la ciudad de Guayaquil a inicios del siglo XX, las cuales resultan pertinentes de citar aquí mismo dada la temática del presente trabajo: “El cambio y progreso es muy considerable, que cualquiera que haya visto la ciudad veinticinco años atrás, ahora muy difícilmente la reconocería...” (Pineo. 1994. p.251). De modo que, el crecimiento de la ciudad era notable tanto en infraestructura como en aumento demográfico; tanto así que, en un transcurso de aproximadamente veinte años, los datos recogidos demuestran este incremento acelerado. En el año 1880 se contabilizó una cifra de 25.866 habitantes en un Guayaquil que contaba con un total de 169 cuadras; ya llegado el nuevo siglo, específicamente, en el año de 1903, la población creció a 70.000 habitantes y la ciudad aumentó el número de cuadras a 417; todos estos datos, proporcionados por la Gobernación del Guayas, reflejan el desarrollo exponencial que la ciudad experimenta con el transcurso de los años, superando incluso cifras que el propio Campos Coello imagina en su ficción: el autor vaticina que el Guayaquil de *La Receta* durante el año 1993, cuenta con tan solo 200.000 habitantes; es esta

una cifra que había sido superada ya desde el año 1950 según las propias estadísticas de la Gobernación del Guayas.

Durante el auge del cacao en la segunda mitad del siglo XIX, el Ecuador se convirtió en el principal productor de este fruto a nivel mundial, que hizo que un puñado de comerciantes amasaran ingentes fortunas, y que gran cantidad de agricultores, provenientes de la Sierra, opten por migrar a las regiones costeras en busca de mejorar su situación económica; la ciudad de Guayaquil se convierte en el centro neurálgico del comercio cacaotero y se torna en la urbe más rica del país. Además, los factores involucrados en el surgimiento de este auge no se limitan a la instauración de políticas internas solamente, pues el mercado mundial juega un papel importante en este asunto. Tal como Ronn Pineo sostiene, una demanda por “materia viva” se acrecentó a nivel mundial dado que las industrias de Estados Unidos y Europa Occidental crecían precipitadamente; las nuevas tecnologías optimizaron los costos de transportación y facilitaron el intercambio de productos entre el nuevo y viejo continente. Esto, sumado al lugar privilegiado que ocupa el Golfo de Guayaquil en términos de navegación marítima; las redes fluviales del Daule y Babahoyo, mayores afluentes del Río Guayas; y el clima cálido y suelo fértil propiciado por la naturaleza del territorio ultimó en la receta perfecta para suministrar una rica producción y comercialización del cacao.

Durante un período de cinco décadas: desde 1870 a 1920, las exportaciones del fruto se encontraban en su máximo esplendor, llegando a aumentar el valor de la venta del producto en un 700 por ciento en el transcurso de los años mencionados; lo que ocasionó, además, que el número de buques que arribaban a los puertos, año tras año, incrementase con rapidez. Asimismo, las principales naciones compradoras de cacao ecuatoriano, que en un principio (1870) fueron Alemania, Gran Bretaña y España, pasaron a ser desplazadas por Francia y Estados Unidos a inicios del nuevo siglo y adquirieron, respectivamente, el 37 y el 19 por ciento de la totalidad de exportaciones de cacao a nivel mundial para el año 1903. De la misma manera como ocurría con las exportaciones, Guayaquil dominaba por completo en el tema de las importaciones, “La participación de la ciudad en el total de importaciones del país nunca decayó del 91 % y a veces alcanzaba el 95 % del total” (Pineo. 1994. p.255). Complementariamente, hay que mencionar que Gran Bretaña controlaba la navegación en las costas latinoamericanas llegando, prácticamente, a monopolizar hasta 1880 el envío de barcos mercantes hacia el puerto de Guayaquil; este dominio por parte de los británicos se mantuvo vigente hasta inicios de la

Primera Guerra Mundial, cuando Estados Unidos aceleró el aumento de importaciones y desplazó a Gran Bretaña.

Dentro de aquellas circunstancias, el mayor inconveniente fue que la ciudad de Guayaquil crecía tan deprisa como lo hacía la necesidad de abastecer a la población, es por eso que la ciudad dependía, significativamente, de las importaciones extranjeras. Como explica Pineo en su trabajo, el comercio de alimentos provenientes de la región Sierra no significaba una solución viable al problema del abastecimiento guayaquileño, pues la deficiencia en temas de movilidad seguía siendo una limitante que volvía a la transportación económica, costosa y poco eficiente; por ende, los productos serranos no podían competir con los precios que ofrecían los suministros extranjeros. Esta problemática no **sólo** no encontraba solución con el arrieraje, el cual, con suerte, tardaba dos semanas proveyendo un viaje desde Quito a Guayaquil a través de los descuidados y escasos caminos, sino que tampoco logró hallar resolución definitiva, ni siquiera con el Ferrocarril Transandino ya en funcionamiento en el año 1909. Sobre este último punto, Ronn Pineo enumera algunos de los motivos por los cuales el ferrocarril no sirvió como solución última para conectar a las dos principales ciudades del país en materia de transportación económica: “La provisión limitada de maquinaria rodante, la necesidad frecuente de reparaciones y los altos costos de operación conspiraron contra la línea desde un comienzo. El ferrocarril casi nunca trabajó con ganancias” (Pineo. 1994. p.256).

De manera análoga, el Dr. Campos Coello, siendo un importante actor político de su época comprendía muy bien que la idea de conectar a ambas regiones por medio de sus respectivos centros neurálgicos, debía llevarse a cabo urgentemente. Aun tomando en cuenta que el proyecto del Ferrocarril Trasandino había iniciado ya en el año 1872 con la presidencia de Gabriel García Moreno, este no finalizó sino hasta 1909. Sin embargo, ya desde inicios del noveno decenio del siglo XIX, Francisco Campos Coello decidió problematizar esta cuestión en *La Receta*: En el Guayaquil ficcional, el medio de transporte por excelencia es el propio ferrocarril, solo que este ha solucionado tanto la movilidad humana de un sitio a otro como también el tema del transporte de cargas; según la descripción del autor, este ferrocarril poseía más de cincuenta vagones donde no solo inmensas cargas eran trasladadas, sino también un número total de personas que ascendía a más de tres mil. Campos Coello describe a este monumental medio de transporte relatando algunas de las rutas que era capaz de hacer; siendo este ferrocarril apto incluso para recorrer, en cortos períodos de tiempo, itinerarios que pasaban

por la frontera con Colombia, llegando a ciudades como Latacunga, Guaranda, Ambato, entre otras. Sin embargo, lo que más le llama la atención al protagonista es el lapso tan corto de tiempo que emplea el ferrocarril para ir de Quito a Guayaquil: tan solo tres horas y media; algo inusitado aún para estándares de transporte terrestre del siglo XIX. De tal modo, Campos Coello presenta el cuadro de un Ecuador que ha sobrepasado una importante barrera que por mucho tiempo limitó el intercambio económico y propició el separatismo regional, la barrera impuesta por la falta de conectividad entre Costa y Sierra. Si bien, el vaticinio de un colosal ferrocarril (que aún cien años después sigue empleando vapor de agua como medio de impulso) no se encuentra a la vanguardia tecnológica en el contexto del mundo de finales del siglo XX, el gran mérito de Campos Coello está en reconocer la importancia que debía tener un proyecto de semejante envergadura de hacerse material, pues el autor entendía la importancia de la conectividad entre los centros urbanos del país; así pues, por medio de la ficción, el autor plantea a sus lectores esta discusión, formando una relación entre el progreso idílico y la construcción de mejores y más eficientes medios de transporte.

Retomando el tema del auge cacaotero, Pineo menciona que las provincias más importantes en términos de cosecha y producción eran, junto con Guayas: El Oro, Esmeraldas, Manabí y Los Ríos; este último llegó a tener incluso, para el año 1900, el número más extenso de plantaciones, ascendiendo a la cifra de 1594 con un aproximado de 31 millones de árboles, produciendo así la mitad del cacao de todo el Ecuador. Sin duda, la fertilidad del suelo costeño proveía un entorno perfecto para la cosecha del fruto. No obstante, esta inmensa riqueza natural ya había captado la atención de los agricultores desde la época colonial, los cuales, en busca de su subsistencia, se apropiaron de las pequeñas plantaciones que se extendían por toda la región Costa. Sin embargo, con el paso del tiempo estos pequeños productores se vieron desplazados por el predominio de los grandes propietarios de vastas extensiones de tierra; con lo que un buen puñado de haciendas se levantaron a inicios del siglo XIX, lo que provocó que se tomaran el control de la producción de cacao. Al respecto, Ronn Pineo menciona que ya para el año de 1880, estos grandes hacendados dominaban la mayor parte de los suelos aptos para la cosecha, acaparando incluso las privilegiadas zonas de acceso fluvial aledañas a Guayaquil, con lo que lograban abaratar costos de transporte, acumulando una mayor fortuna. Este afán por monopolizar las tierras fértiles, condujo a los grandes productores cacaoteros a incurrir en determinadas prácticas con el fin de aumentar sus propiedades, desplazando a los más chicos.

Una de estas prácticas consistió (ya incluso desde la época colonial), en hacer uso de influencias políticas para reclamar terrenos que, supuestamente, no estaban siendo trabajados, aún incluso cuando ya existían pequeños agricultores que estaban asentados allí. “Los límites indefinidos de las propiedades hacían muy fácil su desplazamiento ilegal” (Pineo. 1994. 258).

Así pues, resulta más que evidente que el auge cacaotero fue un fenómeno que tocó muy de cerca a todos los sectores sociales, a lo que Campos Coello, como ya se ha mencionado anteriormente, no se mantuvo indiferente; un modesto apartado de *La Receta* resalta la importancia de esta problemática y, de cierta manera, demuestra la postura que el autor sostenía sobre la cuestión: “Es indudable que la agricultura de esta importante sección del Litoral, ha sido, es y será la base de todo el progreso, pues la verdadera riqueza está allí” (Campos. 1893. p.48). A continuación, se narra sobre la importancia que tiene cada zona natural en relación con sus especificidades al momento de producir frutos de variada índole, lo que, si bien no se manifiesta como una referencia directa, se relaciona con la diversificación de las distintas especies del cacao, las cuales se dieron para expandir el creciente mercado. Un ejemplo de esto ocurre a partir del año 1880 en el que, según como explica Ronn Pineo, la introducción de una variedad de cacao proveniente de Venezuela, la cual contaba con ciertas características que la hacían más resistente y, por ende, más apta para desarrollarse en diversos climas, produce que el fervor por la cosecha del fruto avance velozmente desde la costa hacia la cordillera.

Dado que el cacao se tomaba cada vez más territorio fértil, los propietarios de las haciendas empiezan a reclutar mano de obra proveniente de la Sierra, pues las condiciones que allá enfrentaban los trabajadores y campesinos, en su mayoría indígenas, eran deleznable si se compara con lo que ocurría en la región Costa; es por esto, que una gran oleada migratoria llegó hacia las haciendas cacaoteras, en busca de mejores salarios y oportunidades. Al respecto, Pineo señala que: “La región andina ofrecía pocos atractivos para quedarse: una paga baja, un espantoso gravamen de impuestos, y un frecuente abuso de los dueños de haciendas y las autoridades públicas” (Pineo. 1994. p.258). Sin embargo, no todo resultó a beneficio de los jornaleros serranos en un principio, pues tuvieron que enfrentar una serie de trabas que los propietarios de haciendas trataron de imponer; algunas de ellas consistían, por ejemplo, en la imposición de sistemas de peonaje por deudas para así garantizar mano de obra barata; leyes que castigaban la ociosidad; entre otras medidas restrictivas de libertad. No obstante, Pineo

aclara que, a fin de cuentas, la imposición de un sistema coercitivo hacia los trabajadores no resultó en la medida más efectiva; los productores se dieron cuenta de que era más conveniente ofrecer salarios relativamente altos y mejores condiciones, para así mantener a los jornaleros y a sus familias conformes dentro de sus labores en la plantación. Análogamente, Campos Coello pone en palabras de uno de sus personajes lo siguiente: “Todos vosotros sabéis que a fines del siglo XIX, debido a la filantropía de unos hijos de esta ciudad, se creó la primera hacienda agrícola modelo y que, desde entonces, data el progreso creciente de nuestra agricultura...” (Campos, 1893, p.48). Si bien en este fragmento, el autor da un preámbulo de lo que, posteriormente, viene a ser una reflexión sobre la importancia del avance científico en la agroindustria, al mismo tiempo confiere cierta importancia a lo que el sistema de haciendas cacaoteras, como fuente de crecimiento económico, significó para el país en su momento.

#### **2.4. Iglesia y Estado**

Al elaborar la trama de su novela, Campos Coello, plantea de manera integral una serie de temas que van desde la ciencia, el pensamiento filosófico, la literatura, y, por supuesto, la religión; problematizando estas cuestiones desde su lupa ideológica como *progresista católico*. Tal y como se había mencionado en apartados anteriores, la creencia por la fe católica de Campos Coello y su afiliación con el *progresismo*, son elementos fundamentales que lo separaban de otros liberales de finales del siglo XIX. Por ende, su obra no está exenta de comentarios, plasmados en la voz de sus personajes, en cuanto al tema de la religión y el papel que juega la fe cristiana como instrumento para efectuar obras en favor de la sociedad. De tal modo, es necesario complementar el análisis de la obra literaria en torno al contexto histórico configurado por la relación entre Iglesia y Estado; para esto, es menester retomar el trabajo que Enrique Ayala Mora elabora en su obra titulada: *La relación Iglesia-Estado en el Ecuador del siglo XIX*; concretamente, hay que basarse en su análisis sobre los conflictos finiseculares que atravesaba la institución católica en el país.

Sin duda, uno de los rezagos fundamentales que dejó la herencia colonial en la sociedad ecuatoriana del siglo XIX fue la presencia de la Iglesia católica, no solo dentro del plano ideológico sino como institución que influye directamente sobre la toma de decisiones del Estado. Ayala Mora delimita un período temporal de veinte años, entre 1875 y 1895, en los que, en la sociedad, se comienza a cuestionar el problema de la Iglesia en su injerencia sobre asuntos políticos y económicos. La burguesía liberal que ascendía poco a poco en la búsqueda

de poder político, encontró una profunda contradicción en la relación vigente entre Estado e Iglesia, con lo que no tardaron en instaurar, de manera progresiva, una serie de instituciones de índole secular. Por consiguiente, el panorama político de aquella época se encontraba bifurcado en dos tendencias sumamente marcadas: la de los conservadores y los liberales; declarados enemigos mortales que trazaban sus diferencias, entre muchas otras cosas, debido a sus propios conceptos en cuanto al deber ser del Estado; sus posturas en cuanto a la injerencia que debía tener la Iglesia en este ámbito eran radicalmente opuestas.

Tomando el mencionado conflicto como punto de partida, el historiador señala tres grandes problemas que primaron hasta el año 1895. El primero de ellos fue la *sustitución del diezmo*. El Estado central dominado por el latifundismo serrano era el encargado de percibir los diezmos poniendo a remate su recaudación; así pues, los concesionarios de diezmos lograron amasar grandes fortunas, a su vez, permitieron la consolidación de los bancos. Sin embargo, el descontento por la paga del diezmo fue generalizado en los sectores comerciantes y terratenientes costeños, pues eran ellos los principales afectados por el pago del tributo; de modo que plantearon la posibilidad de establecer impuestos alternativos en sustitución de los diezmos. Para este punto, el sector latifundista costeño, inconforme con las medidas establecidas, decide convocar a varios gremios populares con el fin de derogar el diezmo; a dicha convocatoria se sumaron campesinos de comunidades indígenas, pequeños hacendados tanto de la Sierra como de la región Costa, entre otros. Esta coalición sumó esfuerzos y logró un importante cambio: “quebrar la pirámide de relaciones político-económico en las que se asentaba el poder decimonónico” (Ayala, 1994, p.108). De tal modo, se consiguió sustituir al diezmo por un impuesto a la propiedad territorial. Evidentemente, la Iglesia se opuso con firmeza ante la medida, pues mantenía intereses monetarios relacionados con el latifundismo serrano, el cual resultó visiblemente afectado por la medida; Ayala Mora menciona que ni siquiera las amenazas y excomuniones pudieron frenar estos cambios.

El segundo gran conflicto que señala el autor es el del *monopolio ideológico* que la Iglesia ejercía sobre la sociedad civil. Algo importante que Ayala Mora destaca, y es pertinente para entender, además, cómo una novela de anticipación como *La Receta* pudo surgir en el contexto guayaquileño antes que en el capitalino, es la secularización de la sociedad y sus instituciones, desarrollada con mayor prontitud en la Costa si se compara con la región Sierra. Un ejemplo llamativo que Ayala Mora brinda es el del enfoque que la prensa costeña daba a

sus publicaciones impresas, en las que durante los años ochenta y noventa se encontraban llenas de anuncios comerciales. En estos anuncios se publicaba de todo, desde mercadería traída directo del extranjero, bienes inmuebles, terrenos, etc. Es entonces, que se puede evidenciar el desarrollo de una sociedad y una prensa donde el influjo de la Iglesia perdía impacto; “esa prensa ya vivía del funcionamiento de una sociedad en que los mecanismos mercantiles se habían ampliado. Esta prensa, obviamente, no tenía ya dependencia respecto de la Iglesia que, sin embargo, conservaba capacidad de censura por las relaciones concordatarias” (Ayala, 1994, p.109). Lo mismo no ocurría en la capital, pues allí la influencia ideológica de la Iglesia, tanto en la sociedad civil como en la prensa hacía que los mecanismos fueran distintos; el desarrollo de la secularización no tenía gran acogida en ciudades como Quito.

El respaldo que la Iglesia tuvo en ciudades como Quito, no solo se quedaba en el descontento expresado por los latifundistas, sino que también gozaba de cierto apoyo popular; un ejemplo de esto se da en el año 1877, en el que varias muchedumbres se levantaron en contra de las medidas que el liberalismo renovador de Veintemilla proponía; una de ellas, la suspensión del Concordato que el Estado nacional mantenía con el Vaticano desde 1862. Si bien esta suspensión terminó en un acuerdo con el Vaticano por “renovar” las condiciones del Concordato en lugar de eliminarlo, los cambios realizados fueron prácticamente nulos; desplegándose así, una contundente demostración del poder que la Iglesia ejercía para revertir decisiones transformadoras para el funcionamiento del Estado. No obstante, este no era el único desafío que el surgimiento del liberalismo enfrentó, pues desde otro tipo de dispositivos de represión, la Iglesia logró contener a la expansión del pensamiento liberal. Uno de los métodos más utilizados por la Iglesia era el de censurar abiertamente a los medios impresos que publicasen contenido de índole liberal; la quema rutinaria de periódicos era una práctica común en este contexto. No obstante, Ayala Mora afirma que este tipo de actos represivos por parte de la policía eclesiástica mermaron una vez conseguida la victoria de la Revolución liberal a mediados del noveno decenio; esto se logró a través de una separación definitiva entre Iglesia y Estado. Sin embargo, al principio hubo cierta resistencia ante esta separación, pues incluso desde el liberalismo, existían partidarios que, si bien podían aceptar la separación Estado- Iglesia, apostaban por una postura más neutra en la cuestión, estando abiertos a los valores individualistas de la modernidad y al mismo tiempo abogando por una reconciliación entre Estado e Iglesia. Un Campos Coello, más afín a esta postura neutral, no temía demostrar que su influencia como

católico practicante se encontraba presente en su obra, pero sin los excesos del *integrismo* de los sectores más conservadores. Para muestra de ello, un fragmento de *La Receta* en que el protagonista descubre, por medio de su interlocutor, que la ciudad rinde tributo a personajes que se entregaron al estilo de vida religioso por medio de la enseñanza católica y sus contribuciones a la Iglesia, siendo estos: Juan Bautista Aguirre, el sacerdote Lucas Majano y los obispos Garaicoa y Aguirre. Además, se resalta un fragmento en el que el protagonista descubre un archivo en el que consta el itinerario fechado, en el cual se enumeran los actos realizados en el desarrollo de las obras que trajeron el agua potable a la ciudad de Guayaquil (gran hecho histórico del que el propio Campos Coello formó parte):

A las 8 de la mañana del 3 de abril, todas las autoridades y empleados, concurrirán a la Casa de Gobierno, para asistir a un Te Deum, que se cantará en la Santa Iglesia Catedral, en acción de gracias al Todopoderoso, por haberse realizado tan importante beneficio para esta ciudad. Terminado este acto religioso y solemne, se procederá a la bendición de las pilas, en la Plaza de Rocafuerte, y en ellas de toda la obra ejecutada. (Campos, 1893, p.47)

Por último, Ayala Mora destaca un tercer conflicto que se relaciona directamente con los dos anteriores, el cual refiere a la injerencia de la Iglesia en la política. Un sonado acontecimiento que el historiador relata es el del llamado “motín del Padre Gago”, en el que el fraile franciscano de apellido Gago, impulsó una campaña en contra de Ignacio de Veintemilla, llegando a acusarlo de querer “descristianizar al país”; a lo que, prontamente, ameritó una respuesta por parte del dictador, encarcelando clérigos y restringiendo la posibilidad de que se realicen actos públicos. Entre esta, también se destacan otras intervenciones de la Iglesia en materia política, como cuando el clero resistió a la reforma constitucional de 1883 que pretendía limitar la influencia eclesiástica en las elecciones. En esta medida, muchos defendieron los intereses de la Iglesia por sobre los del Estado, alegando que estos intereses primaban, pues conciernen a los temas de la espiritualidad; de esa forma se imponía el dogma y la moral católica.

## **2.5. La Literatura y el Género Novelesco**

El nacimiento de las literaturas a lo largo de la región latinoamericana se dio en cada país de forma particular; sin embargo, existe cierta noción impulsada por la opinión de críticos literarios como Benjamín Carrión, de que la literatura ecuatoriana, de alguna manera inexplicable, tiene la cualidad de ser tardía y atrasada en comparación con el resto de literaturas

nacionales de los países vecinos. En el análisis realizado por César Carrión, en su obra titulada *Las máscaras de la patria*, se propone una forma distinta de ver el desarrollo de la novela ecuatoriana decimonónica, lo más alejada posible de los cánones impuestos por la crítica nacional; así pues, el presente trabajo se encargará de retomar algunas de las ideas que César Carrión propone en torno al contexto de las novelas ecuatorianas del siglo XIX. De tal modo, César Carrión sostiene que la visión de críticos como Benjamín Carrión, en cuanto al carácter tardío del apareamiento del género novelesco en el país, no es del todo precisa. Si se mira con detenimiento, la crítica de Benjamín Carrión se fundamenta en que gran parte de las novelas decimonónicas no se ajustan a los patrones del realismo europeo, por lo tanto, no han alcanzado una etapa de “maduración”; por el contrario, estas novelas han encontrado suma influencia de corrientes como el Romanticismo dado que, para Benjamín Carrión, esto es una consecuencia de la agitada coyuntura en esa época. “Carrión encuentra una identidad casi innegable entre novela y realismo” (Carrión. 2020. p.50).

Para César Carrión, el gran problema de muchos críticos del siglo XX radica en que han juzgado con la mirada de su época a las obras del siglo XIX, con lo que no se ha podido conseguir una perspectiva integral del desarrollo de las novelas decimonónicas, pues estos críticos simplemente han reevaluado los cánones ya establecidos por los primeros estudiosos de la literatura nacional. Por tanto, Carrión problematiza aún más la cuestión, afirmando que la preocupación de los críticos por un puñado reducido de novelas de la época resulta limitante; el nacimiento de las novelas a lo largo de la región transcurrió de forma compleja y gradual, por lo que: “Desde el punto de vista crítico, resulta más productivo hablar de hitos, y en este sentido ampliar el archivo de novelas fundacionales del siglo XIX, algunos años antes de la canónica *Cumandá*” (Carrión. 2020. p.80). Así pues, el autor afirma que existen algunas obras anteriores a la mencionada *Cumandá* (para muchos críticos considerada como la novela ecuatoriana fundacional por excelencia) que obedecen a ciertas directrices para ser consideradas como novelas. A continuación, Carrión enumera algunos de los autores que escriben estas obras; entre ellos figuran nombres como: Manuel Bilbao, Juan Montalvo, Manuel Coronel y Francisco Campos Coello.

Es importante resaltar que la novela se trataba de un género marginal que no gozaba de gran reputación y que, en Latinoamérica no surgió sino hasta el siglo XIX, pues toda la

producción literaria anterior a ese entonces, no tenía como eje central la ficción; la importancia que tenían las crónicas de viajes o los textos de índole moral o religiosa era mucho mayor. De modo que, esta marginalización del género novelesco, sumado a la falta de un consenso que estableciera una definición de novela, y la ausencia de una identidad a partir del concepto de nación, dificultaron aún más la posibilidad de que los críticos llegasen a delimitar un origen de la novelística ecuatoriana. Además, se debe tomar en cuenta que muchas de las ahora consideradas novelas, en su momento, surgieron como publicaciones hechas en revistas o periódicos, muchas veces en el formato de folletín; es este el caso de *La Receta*, la cual fue lanzada al público por entregas en la revista guayaquileña *El Globo Literario*. No obstante, sería editada como libro, por el propio Campos Coello, en el año 1899. Este fenómeno no se dio de forma casual, pues refleja el interés de los escritores por llegar a un público distinto al del lector versado tradicional; el consumo de periódicos y revistas se da de manera paulatina desde que surge la República, y los autores aprovechan este medio para difundir sus obras a un sector más popular. El mismo personaje de *La Receta* hace referencia en determinado momento a la difusión de novelas por medio de entregas: "se ha extendido...en tal abundancia, que es seguro no alcanza para dar cima a la lectura de las publicaciones de esta clase que, en volúmenes y folletines de periódicos, se hacen durante un día en todo el globo" (Campos. 1893. p.7).

En definitiva, es necesario entender cómo la novela ecuatoriana encontró su camino en el primer siglo republicano: "entre un mar de discursos religiosos, morales y políticos" (Carrión. 2020. p.91); discursos que terminaron influyendo, directamente, en la manera en que se escribían las novelas. No en vano, la carga política y educativa que poseían estas obras era inmensa; gestando así, un tipo de novelas que combinan características de otros géneros tales como: la hagiografía (de la cual Campos Coello toma inspiración para crear su novela *Plácido* de 1871), la leyenda, los relatos de viajes, entre otros. De modo que, resulta más que pertinente resaltar la influencia que tuvieron estos otros géneros para el desarrollo de la novela ecuatoriana, puesto que, así se evita caer en reduccionismos como los de la crítica literaria del siglo XX, la cual etiquetaba a todo relato ficcional decimonónico con la categoría de Romanticismo. No obstante, aunque la mayoría de novelas del siglo XIX tenían ciertos matices del Romanticismo, esto no basta para englobar a toda la producción literaria en una misma categoría; novelas como *La Receta* presentan características pedagógicas y moralizantes

propias del neoclasicismo, enfoques religiosos, visiones del mundo basadas en la vida cosmopolita, recurrentes en el Modernismo, y demás elementos que hacen de esta y otras obras decimonónicas, mucho más ricas de lo que se pensaba comúnmente en la crítica literaria del pasado siglo.

## 2.6. Impacto Científico -Tecnológico

Francisco Campos Coello partió, a sus diecisiete años, hacia los puertos de Panamá en donde tomaría un bergantín que lo llevó directo hacia Génova. Desde allí, montando una diligencia se encaminó hacia el Colegio Americano de Roma donde emprendió sus estudios de manera rigurosa. Carlos Alberto Flores cuenta, en sus *Apuntes biográficos del Dr. Francisco Campos*, que un joven Campos Coello se doctoró a muy temprana edad en leyes, física, matemática, historia, biología, química; aunque, según cuenta Flores, la mayor pasión del erudito estaba en la disciplina de la filosofía. Es entonces que, luego de atravesar una prolífica etapa como estudiante, Francisco Campos decide viajar alrededor de Europa, recorriendo países como Suiza, Italia, Alemania y Francia; sin embargo, uno de los destinos que más impacto le causó fue Gran Bretaña, más específicamente la ciudad de Londres. Con esta visita, el guayaquileño vio con sus propios ojos la cara más espectacular del progreso industrial: “Se dio cuenta de que pisaba la capital del mundo. El continente lo había mecido en un arrullo; **sólo** la isla de hierro, carbón e hilanderías lo despertó. Despertar le fue pensar en América, en el Ecuador, en Guayaquil” (Flores. 1943. p.8). Es entonces que, luego de quedar maravillado por semejante metrópoli, el autor desea importar hacia su ciudad natal esta idea que recoge en cuanto al progreso industrial y tecnológico.

Con todo esto en cuenta, se puede comprender de mejor manera como todo el bagaje científico, sumado a la tendencia política progresista de Campos Coello, influye directamente sobre la obra literaria del autor. “Campos Coello sigue la discusión acerca de la ciencia como episteme, **siendo** esta la que determina las decisiones y la acción de quienes están en el campo de la industria” (Mendizábal. 2016. p.4). Campos Coello concebía que el criterio científico era determinante en la toma de decisiones de índole política si se persigue el progreso; esta idea será examinada a mayor detalle en el último capítulo del presente trabajo. Sin embargo, por el momento, cabe destacar que esta noción no era exclusiva de Campos Coello o de los novelistas cosmopolitas contemporáneos. Podría decirse que, a partir de los años del garcianismo, empieza una nueva etapa en la que se impulsa el desarrollo de la educación y el conocimiento

científico; esta fue una empresa que dio frutos incluso en las décadas posteriores. Sobre esto, existen algunos ejemplos de planificación por parte del gobierno central para impulsar el avance en materia de ciencias y educación.

Sobre el campo de las ciencias, hubo varios hitos que Enrique Ayala Mora enumera en su publicación titulada *Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico*; algunos de ellos fueron, en el campo de la botánica, las contribuciones en el descubrimiento y clasificación de varias especies de la flora ecuatoriana; la publicación de *Geografía del Ecuador*, obra pionera en el estudio de esta ciencia. Esta obra fue escrita por Theodor Wolf, quien además fue profesor en la Escuela Politécnica Nacional; universidad fundada en el gobierno de Gabriel García Moreno. Sumado a esto, Ayala Mora destaca la participación de profesores alemanes en el desarrollo científico, los cuales fueron traídos al país durante el *garcianismo*. También, se hace mención a una serie de avances efectuados en el campo de la climatología y la vulcanología. Por último, cabe mencionar la instauración, en la ciudad de Quito, de la Academia Ecuatoriana, una institución dedicada a fomentar la ciencia y la cultura; en ella se juntaron varios intelectuales de la época que impulsaron el desarrollo del conocimiento; apadrinados por la hegemonía clerical y latifundista, se encargaron de vincular su imagen a un tipo de *continuidad de la presencia hispánica*.

### 3. Capítulo III

#### 3.1. La Nación Imaginada

Como punto de partida para arrancar con el análisis que sugiere el título de este último capítulo, es más que pertinente conceptualizar un término tan abstracto como lo es el de “nación”, tomando en cuenta el peso que tiene esta idea en la producción literaria del siglo XIX. Fernando Unzueta, retoma el trabajo de Benedict Anderson en torno a la idea de *comunidades imaginadas*, para abordar el concepto de nación dentro de las novelas latinoamericanas decimonónicas; así pues, es preciso retomar determinados puntos en la obra de Unzueta para el desarrollo del presente análisis. En un principio, el autor critica la definición esencialista que muchos estudios hacen de la nación en torno a la idea de *raza mixta*, pues, si bien se reconoce cierto mérito en este tipo de trabajos, estos no se remiten a los procesos fundamentales sobre la formación de naciones. En contraposición, Unzueta destaca a la escritura junto con otro tipo de manifestaciones de índole artística, como esencial para la formación de *culturas nacionales*. En relación a esto, el autor sostiene que la constitución de una identidad nacional en el imaginario colectivo, viene de la mano con los primeros discursos emancipadores de los períodos independentistas latinoamericanos; aunque, los *elementos objetivos* que forman parte de las nacionalidades surgirían en décadas posteriores. Consecuentemente, la propuesta del autor gira en torno a la idea de una nación conformada, aunque no de forma absoluta, por agrupaciones de individuos que se establecen por un tipo de asociación más cultural que material; en esta medida, se recoge parte del pensamiento de Ernest Renan quien concebía a las naciones de la siguiente manera: “Una nación es un principio espiritual, resultante de las complicaciones profundas de la historia, una familia espiritual, no un grupo determinado por la configuración del suelo” (Renan, 1882 como se citó en Unzueta, 2007).

De este modo, se hace presente un concepto más amplio en el que se percibe a la nación como un dispositivo que, por medio de símbolos, discursos y narraciones, se construye poco a poco, cimentando las bases de una identidad nacional. Esto mismo ocurre en la formación cultural y política del Ecuador como nación, de acuerdo a César Carrión. En esta instancia, fue imprescindible la búsqueda de un “interés percibido” por parte de los individuos, pues, de tal manera, se podría encontrar comunión entre un grupo de personas tan heterogéneo. De modo que, al no existir un fuerte “espíritu simbólico unitario” (Carrión, 2020, p.35), constituido a

partir de una nación consolidada en una misma identidad, la expresión literaria se encargaría de llenar ese vacío por medio de la novela. Es entonces que, según César Carrión, las novelas ecuatorianas escritas entre 1863 y 1893 conciben una forma de homogeneización a través de “imaginar una sola raza, una sola lengua, una sola religión, un solo origen y destino histórico” (Carrión, 2020, p.35). Como consecuencia de un escaso sentido de identidad en el imaginario colectivo, los escritores de principios de la época republicana gestaron un tipo de novela que cuestiona muy poco la estructura colonial anterior, y si lo hacía, se daba de forma tímida y silenciosa; algunas de estas “convicciones tradicionales” son enumeradas por Carrión, y giran en torno a temas como: el matrimonio, el papel que la mujer ocupaba tradicionalmente en la sociedad, la Iglesia, la familia, etc.

Retomando el análisis de Fernando Unzueta, es preciso considerar que el entendimiento de las prácticas de lectura en el contexto de las obras del siglo XIX, sirve para entender a la “función social formativa” de la literatura decimonónica; por tanto, la clase letrada de aquel momento sostuvo “una fe enorme en el poder de la palabra escrita, tanto en forma formativa como corruptiva...Lo más importante es que creían (y a veces temían) que las novelas ayudaban a definir el carácter personal y la identidad nacional” (Unzueta, 2007, p.73). Esta conclusión cobra especial relevancia al analizar obras como la de Francisco Campos, quien con convicción en cuanto a las letras como vehículo civilizatorio y moldeador de carácter, promueve, con fines moralizantes, la propagación del conocimiento científico e histórico en las novelas; los editores de una de sus publicaciones titulada *Narraciones fantásticas*, incluso comparan la obra de Campos con la del célebre Julio Verne, en la medida en que ambos han “vulgarizado” la ciencia para que esta tenga un mayor alcance entre las masas. Desde tal enfoque, utilizando no solo a la ciencia y a la historia, sino también a la religión o la política, autores como Campos Coello construyen sus ficciones de índole formativa.

Tomando en consideración la importancia del elemento didáctico-educativo en la novela, Unzueta sostiene que este género narrativo servía como influencia en la formación del lector, tanto en el aspecto emocional como en su pensamiento; incluso, el autor afirma que, la construcción de la subjetividad del lector y su conducta en base a lo que absorbe de las lecciones morales que se manifiestan en la novela, eran de asunto no netamente privado, sino también público, pues las instituciones de la familia y la nación eran concomitantes a los intereses del Estado. Unzueta afirma que, desde mediados del siglo XIX, a lo largo de las distintas

regiones hispanoamericanas, en las novelas se veía una tendencia por plasmar distintos personajes de corte ejemplar, sobre todo, tomando en cuenta la gran apertura que tuvo el público joven a este tipo de obras literarias. La influencia negativa e “inmoral” que tenían las novelas europeas de la época (mostrando una serie de actos que podían considerarse obscenos), se oponía con la intención de los novelistas de la región latinoamericana, quienes buscaban, en palabras de Unzueta: una “unificación simbólica de la nación” enlazando el destino individual y familiar con el destino patriótico imaginado en las naciones ficticias.

Posteriormente, Unzueta analiza cómo la difusión de los periódicos fue para los criollos de la primera mitad del siglo XIX un instrumento para construir comunidades nacionales. Tanto novelas como periódicos sirven como medios para construir un imaginario de nación, pues son “modos de aprehender el mundo”, dice Unzueta en referencia al concepto de *comunidades imaginadas* de Benedict Anderson. Del mismo modo menciona que, si bien el periódico criollo fue un medio relativamente tardío en Hispanoamérica en relación con la difusión de este en Norteamérica, su impacto e influencia en las luchas independentistas fue enorme; los periódicos criollos fueron pieza fundamental en la construcción de un sentido de identidad dentro de las comunidades que habitaban la colonia. Por tanto, los editores de los periódicos fueron actores clave en este proceso. “A través de ellos, la noción de patria adquirió un sentido más preciso...sus miembros empezaron a tener una conciencia clara del territorio común, pasado y presente, mediante los escritos sobre la geografía, historia y política del país” (Unzueta, 2007, p.77). A la par, durante las primeras décadas del siglo XIX, el panorama literario hispanoamericano se encontraba dominado por las corrientes neoclásicas, en las que se cultivaban géneros líricos como la oda, los himnos, la poesía patriótica, etc. Análogamente, la prosa se remitió, casi exclusivamente, a ensayos de tipo político y manifiestos, de modo que, los géneros novelescos no cobran mayor relevancia en el imaginario nacional sino hasta la segunda mitad del siglo. Un conocido ejemplo de obra en materia de poesía que, además, refiere a “discursos nacionalistas tempranos” de acuerdo con Unzueta, es *La victoria de Junín: Canto a Bolívar* de José Joaquín de Olmedo. El ánimo patriótico que despertaba Olmedo en sus obras lo volvieron un referente para escritores como Francisco Campos Coello; esto puede verse reflejado incluso en *La Receta*, donde en más de una ocasión se enaltece a la figura de Olmedo: ya sea mostrándolo retratado en cuadros vivientes, o recordando el monumento que se le erigió el 9 de octubre de 1892; a propósito, la novela muestra fragmentos como el siguiente:

Olmedo no es de este siglo ni del vuestro, es antiguo por sus cantos, es héroe legendario. Es Ossiam cantando a las márgenes de los lagos de Escocia y pulsando su lira a las orillas del Mar del Norte, frente a las aguas del Polo; es Homero, recorriendo la Grecia y entonando bajo el cielo azul del extremo Oriente esos cantos llenos de dulzura y majestad: es Virgilio el poeta de ritmo vigoroso que llenó a Roma con su nombre; es Dante, creando estrofas llenas de armonía, cantadas en el umbral del cielo. (Campos, 1893, p.56)

Volviendo a lo anterior, durante el desarrollo de la novelesca ecuatoriana del siglo XIX, es importante recordar cómo la rivalidad imperante entre Costa y Sierra; es decir, entre el aperturismo hacia un modelo de libre mercado empujado, fuertemente, por los comerciantes del puerto principal y los latifundistas serranos más inclinados hacia el proteccionismo en contra de las importaciones, tuvo repercusiones directas en la manera en que se gestaban las distintas expresiones literarias de acuerdo a cada región. Por un lado, como menciona César Carrión, la modernidad que traía consigo el avance del capitalismo hizo que la producción literaria de los escritores costeños se encontrara más abierta a diversas formas estéticas; por el contrario, el conservadurismo que imperaba en la Sierra demostró mayor resistencia a propuestas como las del Realismo francés o el Modernismo hispanoamericano. Como ya se ha establecido con anterioridad, esta inestabilidad y fragmentación produjo un debilitamiento del Estado. Si bien los criollos pudieron levantar y sostener un Estado emergente durante los primeros años de la república, no lograron constituir un sentido unitario de lo que es la nación ecuatoriana. Sin embargo, los novelistas entre los años 1863 y 1895 dejaron un legado en el que se ven reflejadas las intenciones por una búsqueda simbólica de construir la nación a partir de la literatura; aunque, por supuesto, siempre desde cierta perspectiva de *continuidad hispánica*.

Con estos factores en consideración, sumado al florecimiento de distintos medios para difundir la literatura; y el progresismo que en la década de los ochenta consolidó las iniciativas educativas que comenzaron, paradójicamente, con el régimen conservador de García Moreno; se dio una proliferación notable de la producción de novelas. No obstante, fueron varios los desafíos que, según postula César Carrión, tuvieron que enfrentar los ideólogos en el intento de formar el Estado-Nación. Algunas de las dificultades enumeradas por el autor, refieren

directamente a la barrera no solo lingüística, sino también de infraestructura, que mantuvieron una marcada separación de los indígenas ante el proyecto nacional unificador; si el idioma español no podía llegar a todos, el mensaje criollo tampoco podría implementarse. Además, la diversidad étnica se acentuaba aún más en la desigualdad económica; criollos e indígenas no ocupaban los mismos roles en la sociedad, pues unos eran mejor remunerados que otros. En definitiva, el panorama descrito supuso una dificultad inmensa para la instauración de un proyecto nacionalista; sin embargo, las novelas ecuatorianas imaginaron, por medio de la ficción, un horizonte distinto al que se buscaba llegar.

A continuación, César Carrión se encarga de hacer una distinción entre los términos *patria* y *nación* y en los significados que a cada uno le corresponden de acuerdo al uso dado por los escritores ecuatorianos. Para empezar, se aclara que dichos términos fueron adoptados desde la Europa del siglo XVIII y que, si bien fueron usados por los escritores ecuatorianos, no siempre se empleaban de manera explícita. Carrión explica que la palabra *patria*, utilizada por las personas del siglo XVIII, evocaba ciertas connotaciones más afectivas, como las de felicidad y libertad; siendo este concepto más resonante que el de *nación*, pues no se encuentra a un nivel tan abstracto. Además, “Los narradores invocan el nombre *patria* cuando hablan del pasado o del futuro del país, sobre todo si retratan los sentimientos heroicos de sus personajes” (Carrión, 2020, p.41). De modo que, no es casual que *La Receta*, ya en el clímax del relato invoque a la PATRIA (precisamente, escrita con mayúsculas en la novela) encarnada en la figura de una joven llamada Paulina, la cual se eleva al firmamento junto con dos personajes más: Constancia y Esperanza; en un acto casi celestial y apoteósico donde suaves melodías inundan el ambiente descrito.

Por otro lado, César Carrión explica que el término *nación* refiere tanto a los Estados-nación como a algo más “nebuloso”; algo más cercano a un sentido de pertenencia de una comunidad por un lugar. Sin embargo, existe una confusión deliberada entre ambos términos por parte de los escritores ecuatorianos, dice Carrión: “quizá porque con ello ocultan la artificiosidad del primer concepto y la debilidad del segundo” (Carrión, 2020, p.41). De modo que, como explica el autor, la *nación* concebida en las primeras novelas ecuatorianas se constituye como una *comunidad imaginada* y como ficción, pues no se delimita desde una perspectiva jurídica o política. En esta medida, el relato nacionalista es concomitante con la formación del género novelesco, pues las naciones se crean a través de construcciones

imaginarias que se sustentan en el instrumento de la ficción, donde la novela juega un importante rol. Es por tal que, la novela hispanoamericana tardó mucho más tiempo en asentarse, pues las propias naciones no se encontraban definidas y su naturaleza era sumamente compleja. Es entonces que la idea de *continuidad histórica* cobra relevancia, pues los novelistas, en su discurso nacionalista, desean solventar el problema de la nación, otorgándole un pasado mítico, aun careciendo de pruebas documentales que sustenten su relato. Por último, Carrión apunta a la noción de dinastía impulsada por las fuertes identidades que se construyeron a partir de las diversas localidades; esto, sumado a la diferenciación por medio de razas, produjo una identidad nacional que, muy por el contrario de estar unificada, era de índole fragmentaria.

### **3.2. La Importancia del Proyecto de Dotación de Agua Potable**

La idea de la novela como *suplemento narrativo* de la Historia nacional se ha presentado anteriormente, dentro del presente trabajo, como elemento descriptivo para prefigurar el panorama literario del siglo XIX. No obstante, lo que implica el desarrollo de este concepto para abordar el análisis de obras como *La Receta*, es sumamente relevante; por ello, es menester retomar el trabajo de César Carrión en cuanto este tema. Para él, la novela decimonónica, desde su surgimiento, cumple la clara función de complementar a un relato nacional; al ser tan escasas las evidencias documentales y científicas, la novela desempeñó un papel fundamental en reinventar la historia de la nación y encaminarla hacia un futuro idealizado. Además, Carrión sostiene que los discursos, tanto jurídicos como históricos, no eran capaces de solventar una necesidad que la literatura sí era capaz de cubrir: “La nación debía inventarse como un complejo de acontecimientos del pasado, a la par que como un conjunto de aspiraciones intelectuales y emocionales...” (Carrión, 2020, p.136). De modo que, la novela se configuraba como un auténtico complemento que ayudaba a los intelectuales criollos en su búsqueda por consolidar un relato nacionalista; relato que buscaba sustentarse en base a leyendas, tradiciones y proyecciones de la nación a futuro. Es por esto que, al mitificar acontecimientos de la historia nacional dentro de la ficción, se logra un efecto más poderoso, que evoca en el imaginario social, sentimientos y emociones positivas sobre los acontecimientos descritos y su relevancia para el desarrollo de la nación.

Un ejemplo del uso de la novela como suplemento narrativo en la Historia nacional, es proporcionado por César Carrión en su obra titulada *Las máscaras de la patria*. Allí describe

cómo una novela, que incluso roza con el género de la literatura fantástica, como lo es *El hombre de las ruinas...*, presenta los mismos componentes que la definen como “suplemento histórico”; esta obra se centra en el terremoto de Ibarra ocurrido en el año 1868 y las consecuencias que este acontecimiento tuvo en los habitantes. Sin embargo, el relato se focaliza en las “actitudes religiosas” que tomaron los líderes y funcionarios de aquella época con el fin de levantar el ánimo de las personas devastadas por la catástrofe. Esta lectura de la obra demuestra unas intenciones claras por parte del autor, Francisco Salazar Arboleda, en realizar una “valoración emocional” de un acontecimiento histórico concreto, mostrando una perspectiva religiosa y moral en torno a la trama. Del mismo modo, se puede identificar en casi todas las novelas del siglo XIX el componente de “suplemento narrativo”, menciona Carrión. Así pues, *La Receta* de Francisco Campos no es una excepción y en este apartado se procederá a analizar los acontecimientos dentro de la novela que pretenden, por medio de la mitificación, ensalzar el gran acontecimiento que significó el proyecto de agua potable en Guayaquil.

El gran proyecto de dotación de agua potable para Guayaquil fue una obra que tuvo importantes implicaciones, no **sólo** en materia de sanidad pública sino también para el desarrollo productivo del puerto principal. Este proyecto fue en gran medida impulsado por el propio Francisco Campos Coello, quien no solo se involucró directamente con todo el proceso logístico en la instalación de cañerías subfluviales, sino que también se encargó de obtener préstamos con el Banco Hipotecario para la financiación de la obra. Además, muy al tanto de las repercusiones que esta obra tendría en la consciencia colectiva de los guayaquileños, pues con ella se elevarían los ánimos y la esperanza ante la idea del progreso, es que Campos Coello decide plasmar en una novela la grandeza del proyecto de dotación de agua potable; el uso del dispositivo literario para mitificar esta obra urbanística se presenta como un ejemplo más del uso que tuvo el género novelesco como suplemento de la Historia nacional. Es por esto que, es preciso detallar cómo dentro de *La Receta*, se expresa esta construcción mitificante de la obra de dotación del agua potable.

Como punto de partida, es preciso situar al inicio de este proyecto como una consecuencia lógica de una creciente urbanización de la ciudad de Guayaquil. La nueva burguesía costeña encabezó una serie de procesos de desarrollo urbano que se caracterizaban por la influencia de las ideas progresistas, tanto en el plano estético como ideológico; como mencionan Andrew Bovarnick y Erik Swyngedouw en su estudio sobre la crisis del

desabastecimiento de agua en el puerto principal, estas ideas progresistas reflejadas en las obras de desarrollo urbanístico eran impulsadas por una clase burguesa “que había tomado estas ideas en sus numerosos viajes al viejo continente” (Bovarnick y Swyngedouw, 1994, p.33). No es casual que, justamente, Campos Coello cumpla con el perfil del criollo burgués que, empapado de la cultura adoptada en sus viajes a Europa, decida implementar lo aprendido en su ciudad natal; no en vano, miró con gran asombro las obras de modernización que en París fueron ejecutadas por el barón Huissman o la implementación del modelo industrial y el perfeccionamiento del ferrocarril como medio de transporte en Londres. Es en este contexto, que el benefactor guayaquileño Francisco Campos lleva a cabo su proyecto, el cual le otorgó gran renombre. Se dice incluso que fue reconocido por el propio Eloy Alfaro, quien a pesar de diferir con la corriente ideológica de los liberales “progresistas”, tenía en buena consideración a Campos Coello. En definitiva, su importante contribución en el desarrollo de las obras que trajeron el agua potable a Guayaquil fueron ilustradas con exaltación dentro de *La Receta*.

Para remarcar la relevancia que dentro de la novela se da al proyecto llevado a cabo por el Dr. Francisco Campos, uno de los personajes, el señor Esperanza, dice lo siguiente: “El agua potable para Guayaquil, representaba la higiene, el progreso, el desarrollo de su comercio, la dicha y el bienestar. Sin agua, Guayaquil no habría progresado” (Campos, 1893, p.30). Esta afirmación, sin lugar a dudas, encierra una idea muy importante: la mitificación de un proyecto colosal como este sirve como instrumento para mirar hacia el futuro. Iván Rodrigo Mendizábal analiza la función que cumple la novela como dispositivo mitificador de la obra de dotación de agua potable. Para el autor, la concreción de esta obra funciona como un punto de partida, es el motor que permite el ascenso del progreso materializado por medio de la función política; este proyecto es un hito que da paso a la prosperidad venidera. De modo que, la novela se encarga de establecer la importancia del mito que se crea a partir de la obra del agua potable; “es una prosperidad que respeta el pasado mítico” (Mendizábal, 2016, p.8). En consecuencia, se muestra que la obra política en beneficio del desarrollo urbano, la cual, por cierto, se gesta desde la voluntad de las clases burguesas, es consecuencia de una forma vertical de mostrar el desarrollo de la modernidad. De igual manera, Campos Coello representa al funcionario público como una visión de su ideal progresista; este funcionario, que dota a la ciudad de las más importantes obras en materia de infraestructura, es a su vez, un hombre letrado, alguien que ve en el cultivo de la ciencia, el único medio para alcanzar un desarrollo a nivel económico y social.

Es importante pues, destacar este último punto, ya que saca a relucir otra de las características que componen la novela ecuatoriana decimonónica: la idea del *hombre letrado como fundador de la nación imaginada*. Este concepto, analizado en la obra de César Carrión, demuestra la visión que los escritores del siglo XIX querían plasmar en cuanto a la figura del ilustrado. “El letrado es el cerebro de la nación. Su misión se compara con la del sacerdote. Es como un pastor; es quien puede salir del adocenamiento y liderar; es el destinado a ser el individuo que guíe a la comunidad...” (Carrión, 2020, p.197). Esta idea se expresa aún con mayor profundidad al percibir el tipo de narrador empleado en *La Receta*. “R”, quien es el personaje encargado de narrar los acontecimientos de la novela, se presenta como un hombre ilustrado, que a lo largo de todo el relato pone de manifiesto sus profundos conocimientos científicos y se muestra como una especie de hombre ideal que representa los valores de la modernidad. Esta estrategia narrativa empleada por Campos Coello refleja, una vez más, como la instrumentalización de la novela al servicio de un relato nacional, llevó a los escritores a hacer uso de distintas técnicas para plasmar en su obra sus fines ideológicos y políticos.

Para el autor Iván Mendizábal, el elemento del viaje en el tiempo en sí mismo, además de ser un concepto atractivo y que compagina muy bien con el tono de literatura fantástica que maneja la novela, es también un medio para sustentar el discurso positivo sobre el progreso económico y social. Este progresismo, impulsado por los esfuerzos del gobierno, el cual a su vez se encuentra representado en la novela por la institución del Concejo Municipal, se sostiene a través del desarrollo científico; de modo que, al impulsar el avance científico y tecnológico, se construye un Guayaquil futurista dentro de un marco utópico. El personaje de R, incluso refuerza esta idea, en relación con la obra de dotación de agua potable: “A pesar de las dificultades y tropiezos, que en toda obra grande se presentan siempre, he visto con la mirada del alma, el agua en las pilas e hidrantes, llevando a toda la ciudad, la vida y el bienestar” (Campos, 1893, p.31). En este fragmento, el personaje de R les habla a los habitantes del siglo XX; se da a entender al lector de la posteridad, tanto como a los personajes del mundo futuro, que sin el trabajo que los héroes del pasado hicieron por la ciudad de Guayaquil, su prosperidad venidera no sería posible.

En esta medida, es importante recalcar como los problemas de insalubridad que atravesaba la ciudad fueron un factor motivante para llevar a cabo el gran proyecto de agua potable. Por medio, de esta obra pública se daba un gran paso a una urbanización, de la cual se

vieron mayormente beneficiadas las familias burguesas; mejorando sus condiciones de vida, se facilitaba su prosperidad en materia económica. No en vano, Campos Coello se preocupa tanto por resaltar las implicaciones a futuro que este magno proyecto tuvo. En la narración, esto se expresa con las incesantes descripciones que se hacen sobre las labores llevadas a cabo en torno al proyecto; desde itinerarios, hasta referencias de lugares y fechas que en la realidad formaron parte de la obra. Por ejemplo, se menciona cómo desde una vertiente llamada “Agua Clara”, se planeó llevar el líquido vital hasta la urbe, iniciando las labores durante abril de 1887. Esto, efectivamente ocurrió de tal manera, pues esta vertiente situada en una cordillera existió y se hallaba a 90 km de la ciudad de Bucay; con la ayuda de un sistema de cañerías flexibles, el agua era transportada hasta Durán y posteriormente a unas bombas colocadas en el norte de la ciudad.

En definitiva, el discurso progresista de Campos Coello, expresado en la novela por medio del personaje de “R”, encuentra sustento en la exaltación de la magnífica obra que trajo el agua potable a Guayaquil. No obstante, al construir un mito en torno a este proyecto, la novela en sí misma se constituye como un vehículo mitologizante, en el que no sólo la “fe” y la “esperanza” del personaje actúan a favor de este mito, sino también la fe expresada por Campos Coello. Sobre esto, es necesario recordar como “R” manifiesta de forma explícita su convicción en el éxito del proyecto de dotación de agua potable y sus futuras consecuencias: “...he tenido siempre la incontrastable fe en su éxito feliz” (Campos, 1893, p.31). En consecuencia, cabe preguntarse si este ideal de ciudad utópica que se construye no **sólo** en base al sacrificio y al trabajo, sino también en función de la fe y la esperanza, representa solamente el optimismo del autor en cuanto al progreso científico, o si quizás también funciona como un medio para crear imaginarios de la nación a futuro. Lo que demuestra el desarrollo de la novela es que ambas proposiciones se complementan.

### **3.3. La Novela Proselitista**

En el análisis expuesto por César Carrión en su libro *Las máscaras de la patria*, se postulan dos funciones políticas que las novelas ecuatorianas de mediados del siglo XIX desempeñaban de forma clara. La primera de ellas refiere al uso de la novela como pasquín y sátira, en la que los adversarios de cada postura ideológica se desacreditan mutuamente. La segunda función, que menciona el autor, hace referencia a la apología de los discursos político-ideológicos de cada facción; es decir, que las novelas ocupaban el papel de una especie de

manifiesto partidista. Si bien, la primera función descrita no se refleja en *La Receta*, la segunda se traslada en mayor medida a la novela, por medio del discurso que plantea Campos Coello. Como ya se sabe, Campos Coello fue un importante ideólogo del liberalismo progresista de finales del siglo XIX, formando parte de los proyectos políticos de tres presidentes: José María Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón y Luis Cordero. No obstante, aunque en *La Receta* no se menciona de manera explícita el término “liberalismo”, el concepto de *progreso* será abordado a lo largo de la obra de forma continua. Además, el liberalismo progresista impulsado por Campos Coello, se caracteriza por mantener una orientación católica; un aspecto que se resalta con mayor fuerza en otras obras suyas como *Plácido*. Sin embargo, al tomar en cuenta estas cuestiones sobre la vida del autor, se puede enriquecer el análisis de *La Receta* en su construcción como novela proselitista.

Dentro de la propia narración, se resalta el aspecto educativo y persuasivo que debe, para Campos Coello, contener la novela; la literatura es representada como un medio que no solo entretiene a través de la ficción, sino que también educa a los lectores mediante un trasfondo ético y moral. “En toda novela debe haber siempre un gran fondo de moral, jamás cuadros escandalosos, nada de esos crímenes espantosos que llenan centenares de páginas sin dejar provecho alguno: lectura vacía y perjudicial” (Campos, 1893, p.7) En este sentido, la novela al servicio del ocio se concibe como un despropósito; si el tema expuesto en la obra acude a un bien mayor que fomente una serie de valores morales, sólo así ha de considerarse útil. Esta proclama del autor, además, puede entenderse como una crítica a las corrientes literarias como el Romanticismo, la cual abarcaba en sus temáticas, asuntos de carácter lúgubre y truculento; temas como el suicidio o la marginalidad formaban parte de este tipo de corrientes.

Por otro lado, están presentes en la propia estructura de la obra ciertos elementos que demuestran su condición proselitista. En *La Receta*, es frecuente el uso de la voz del protagonista, “R”, para emitir comentarios de carácter educativo que, son evidentemente, producto del autor que intenta llamar la atención del lector ante ciertas cuestiones. El ejemplo más claro de cómo el autor desliza su punto de vista sobre ciertos temas a través del uso de sus personajes se encuentra en la primera parte de la novela. Como ejemplo de aquello, el protagonista entra en un largo monólogo donde expone su perspectiva sobre el valor de la literatura científica y, en general, sobre la función que deben cumplir las novelas para el cultivo intelectual de los lectores. En determinado punto de esta disertación, “R” decide compartirle al

lector qué tipo de novelas son las que él colecciona en su biblioteca personal, justificando su elección en todo momento, como si con este gesto pretendiese sugerirle qué tipo de obras son más provechosas de abordar que otras. Entretanto, la voz narrativa hace, de nuevo hincapié, en el valor moral y didáctico que las novelas deben poseer:

En cuanto a la novela, para que esta llene su misión, debe tener siempre un fin moral. Existe la novela científica, cuyo objetivo es instruir en las ciencias por medio de ficciones recreativas, y hay la novela histórica, que enseña sin la aridez que pueda encontrarse en la relación de los acontecimientos pasados. (Campos, 1893, p.7)

Esta valoración de las novelas por parte del protagonista no es sino la opinión del autor camuflada en la obra. Esta característica, además de resaltar por su componente estético, pues genera un tono y un ritmo distinto al que la narración tenía acostumbrado al lector hasta ese punto, también intensifica el componente educativo que define a este tipo de novelas; al imponerse esta clase de cambios, donde se da la impresión de que el autor aconseja al lector sobre cierto tema, la novela en sí misma se inscribe dentro de los parámetros morales que Campos Coello exhibe. No obstante, a pesar de la importancia que el autor da a la moraleja de la obra por encima de todos sus demás componentes, no se olvida de mencionar el valor que tiene un buen escritor para captar en todo momento la atención de quien lo lee: “Una obra que interese desde la primera hasta la última página y que lleve al lector a través de un largo camino, sin cansarlo y sin que sufra la moral, es un trabajo noble y valiente: prueba el genio” (Campos, 1893, p.7). De modo que, no muy sutilmente, Campos Coello realiza un *metacomentario* de su obra y de su papel como novelista-educador, estableciendo los parámetros que la novela debe seguir para considerarse de buena calidad.

### **3.4. La Novela de Anticipación Científica**

El concepto de *novela de anticipación científica* resulta idóneo para describir a una obra como *La Receta*. Este tipo de relatos se caracteriza, fundamentalmente, por retratar las consecuencias que determinados avances tecnológicos tienen en el desarrollo de las sociedades. Sin duda, la novela de Campos Coello se enmarca en esta definición, pues el Guayaquil del siglo XX que el autor construye, es percibido por el lector como el resultado de la implementación de una serie de obras con gran valor tecnológico, y que están al alcance del público. Para el desarrollo de este apartado, es necesario retomar el análisis que Iván Mendizábal hace de *La Receta* como novela de anticipación; este autor señala algunos rasgos

que caracterizan a este género y su inclusión dentro de la obra de Campos Coello: “pone de manifiesto el concepto de la nación, los nuevos imaginarios sobre la ciencia y la tecnología, así como se adhiere, de forma optimista al positivismo que imperaba en la racionalidad moderna y la literatura de época” (Mendizábal, 2016, p.8). Es desde esta perspectiva, que Mendizábal indica la importancia de la forma en que el protagonista, “R” realiza su viaje al futuro.

Por un lado, Mendizábal resalta cierto paralelismo entre *La Receta* con la obra de Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*. En ambas, un personaje desentraña un mensaje críptico que, al revelarse, cambia el rumbo de los acontecimientos; en uno de los casos, el resultado es que el protagonista reciba un elixir para viajar hacia el futuro, en el otro se revela un pergamino que posibilita el viaje hacia el centro de La Tierra. No obstante, la relación de Campos Coello con Julio Verne no se remite, exclusivamente, a este paralelismo, sino que también existía una profunda admiración por parte del autor guayaquileño hacia el escritor y dramaturgo francés. Además, la importancia del viaje como mecanismo de tránsito que parte desde un llamado es evidente en la obra de Campos Coello; en el caso de “R” este llamado se produce una vez solucionado el acertijo planteado por el señor X. Así pues, el personaje de “R” se topa con una encrucijada, por un lado, optar por beber del elixir que el señor X le brinda y así adentrarse dentro del terreno de lo inhóspito y, por otro lado, seguir con su vida con normalidad. Ante esta idea del viaje en el tiempo, Mendizábal comenta la importancia que este concepto tiene en la medida que se trasciende el sentido inherentemente fantástico que hay detrás; si bien, este viaje que “R” realiza se establece a partir de parámetros narrativos propios de la literatura de fantasía, la cual se cultivaba con amplitud en las corrientes del Romanticismo, “su sentido trasciende lo fantástico porque pone en evidencia, en dicho artificio, el horizonte utópico científico y tecnológico prevaleciente en la modernidad” (Mendizábal, 2016, p.8).

El elixir mágico que representa una forma de encontrar, desde un pasado mítico, nuevas formas de creación por medio de la ciencia, resulta finalmente, en el viaje por el tiempo. A su vez, este viaje representa en el personaje un medio de constatación para corroborar cómo el progreso científico tiene consecuencias materiales en el mundo futuro. Una vez allí, no son pocas las extrañezas que maravillan a “R” en el campo del avance tecnológico y en materia de reformas educativas y económicas, aunque de estos dos últimos puntos se profundizará todavía más en los apartados siguientes. Esta constatación por parte de “R” encuentra su sustento en lo que otros personajes dicen de las obras que el siglo XIX dejó para la posteridad; para muestra,

el señor Constancia valida las bases del progreso instaurado por sus antecesores enunciando lo siguiente: “Es en vuestro siglo que el país adquirió su autonomía y proclamó y escribió su nombre en el rol de las naciones independientes” (Campos, 1893, p.52).

A continuación, Iván Mendizábal señala cómo la *voluntad de poder*, que se encuentra en las numerosas transformaciones ocurridas en el siglo XIX, produce que un Guayaquil idílico se pueda erigir. Esta voluntad de poder a la que Mendizábal hace referencia se sostiene por medio de la novela. Dentro de *La Receta*, se rememoran constantemente no solo los hitos que en la etapa republicana acontecieron, sino también aquellos que vieron la luz en la época de independencia. Esto se puede ver en las extensas referencias que los personajes hacen a las figuras eminentes de la lucha independentista; en determinado momento, el Concejero Constancia resalta la importancia de tener a un hombre del siglo XIX entre los habitantes del siglo XX, pues, su sola presencia no solo es una rareza debido a la gran brecha temporal que separa a ambas épocas, sino también porque se trata de un hombre que compartió siglo con grandes próceres de la patria: “...de un hombre que ha hablado con otros hombres que vieron el sol del 9 de octubre de 1820, de un hombre que es contemporáneo de Olmedo, de Rocafuerte, de Villamil, de Cordero [...]” (Campos, 2016, p.52). Cuando Campos Coello hace alusión a estas figuras históricas, de las cuales grandes monumentos se han levantado, pasando a la posteridad como padres de la independencia; no solo se plantea un paralelismo entre el autor guayaquileño y estos próceres, demostrando que su destino en favor de la construcción de la patria era un destino común entre todos ellos, sino que también se plantea la importancia que tiene la memoria histórica si se quiere mirar hacia el progreso del futuro. De modo que, para explicar el éxito de las obras que en el siglo XX se potencian, tales como el ferrocarril transoceánico o la expansión de las redes fluviales que llevan el agua potable por toda la ciudad de Guayaquil, el narrador es consciente de que aludir a la memoria histórica, impresa en los archivos y los diversos registros bibliográficos, es fundamental, e incluso necesario.

Iván Mendizábal, a propósito de este punto, hace un recuento de algunas de las tecnologías que emergen en el siglo XX dentro de la novela. La descripción de estos artefactos de alta tecnología, no solo goza de cierto rigor científico dados los conocimientos que Campos Coello obtuvo, producto de su formación académica en Europa, sino que también se resalta que estos aparatos surgen como subproductos de otras invenciones que ya existían en el siglo XIX. Sobre esto, resulta notable como el bagaje del autor en cuanto a la naturaleza que compone

a algunos de estos artefactos, además, le permitía vislumbrar si estos podrían llegar a refinarse todavía más con el paso del tiempo. Como ejemplo, se encuentra el teléfono, el cual, si bien tenía un alcance limitado, era capaz de ser perfeccionado como lo indica uno de los interlocutores de “R”; esto demuestra la capacidad del autor para tener una prospección positiva, referente al desarrollo continuo de este tipo de inventos. Otro ejemplo de artefacto tecnológico descrito en la novela, es el del llamado “heliógrafo”. Aunque para un lector moderno, es posible que se presten confusiones, puesto que el heliógrafo meteorológico es un aparato distinto al que presenta Francisco Campos en su novela, no está demás aclarar que, si bien el autor pudo haberse basado en el heliógrafo meteorológico dado que este opera gracias al uso de los rayos solares, ambas invenciones no son iguales; mientras que el heliógrafo mostrado en *La Receta* aprovecha la luz visible para proyectar imágenes casi holográficas, el aparato, en su versión existente, tiene la función de medir la intensidad de los rayos del sol por medio de su concentración en una superficie susceptible a presentar cambios visibles por el calor generado.

Este gran invento que, en su concepto mismo, evoca un sinnúmero de obras de ciencia ficción, se presenta como la combinación de dos artefactos ya desarrollados durante el siglo XIX: el daguerrotipo, precursor de las cámaras fotográficas, y el también llamado “heliógrafo” de Edison, según lo que describe el señor Esperanza. El funcionamiento de este novedoso aparato es descrito por Campos Coello de forma tal: “La repetición del mismo cuadro, iluminado por los rayos de sol y la persistencia de la imagen en la retina, hace que se presenten, casi simultáneamente, los cien cuadros de que consta el conjunto, y esto produce el movimiento” (Campos, 1893, p.55). Además de lo curioso que resulta un artilugio que proyecta audio y video de forma interactiva con el espectador, se puede apreciar la perspicacia con la que Francisco Campos entendía el valor de este tipo de aparatos, más allá de sus posibilidades técnicas y su capacidad de entretener; Iván Mendizábal resalta cómo, para el autor, estas tecnologías podrían, potencialmente, servirse para fines de comunicación con tono político.

Sobre este aspecto, devienen una serie de conclusiones que Mendizábal explica con detalle, sin embargo, primero es pertinente contextualizar sobre un elemento más que caracteriza al heliógrafo de Campos Coello: su uso, dentro de la ficción, está al servicio de la reivindicación de los próceres y lo que ellos representan para la nación. Los nombres que destacan en estos retratos móviles son los de Rocafuerte, Olmedo y el Teniente Coronel Rafael

Jimena. Sobre todo, la narración resalta la importancia que se le da al autor de *Victoria de Junín*, pues se lo describe con gran esplendor; en el medio de una muchedumbre, Olmedo de pie “ante el sol radiante que salía detrás de las cordilleras” (Campos, 1893, p.55). Esta reivindicación que se hace de Olmedo, para Mendizábal, responde a una necesidad por mitificar tanto al prócer de la independencia como al propio Campos Coello, pues ambos son representados como líderes que llevan a Guayaquil hacia un buen porvenir. Mendizábal hace hincapié en el simbolismo que hay detrás de la proyección de Olmedo en el heliógrafo; desde la función política que se le otorga al artefacto, es posible construir una especie de “cápsula del tiempo” que mantenga con vida, en el imaginario colectivo, a estas importantes figuras históricas. Del mismo modo, Campos Coello se mitifica por medio de estas dinámicas, solo que su instrumento es la propia novela.

### **3.5. La Idea del Progreso en una Nación que se Construye. Un Mundo Utópico**

Para la elaboración de este apartado es preciso remitirse, nuevamente, al análisis de Iván Mendizábal, quien deriva algunas conclusiones con respecto a la idea del progreso dentro de la patria ficcionalizada. Para empezar, es pertinente insistir en uno de los puntos abordados anteriormente, el cual está presente en el estudio de César Carrión sobre la construcción de la nación en la novela decimonónica; este punto refiere al concepto de nación como sinónimo de patria. Si bien ambos términos responden a connotaciones distintas, su uso por parte de los escritores del siglo XIX no distinguía un significado del otro; para cuestiones prácticas, patria y nación eran lo mismo, y esto ocurría de forma deliberada. De modo que, es importante resaltar esta cuestión, pues Iván Mendizábal refiere constantemente al uso del término “patria” que, de igual forma, se presenta con frecuencia en la novela de Campos Coello.

Mendizábal empieza por resaltar la importancia que tiene el uso del término “iniciativa”, dentro de la novela; para esto recurre a la siguiente cita: “Para el progreso, amigo mío, se necesitan dos cosas: la iniciativa y la constancia para ir adelante. Pero la iniciativa es lo primero” (Campos, 1893, p.28). A partir de esta cita, Mendizábal hace una relación entre la forma en que Campos Coello hace uso de la palabra “iniciativa” y la ideología del liberalismo “moderado”, a la que el novelista se adhiere. Por un lado, la idea del progreso es fundamental en la matriz del tipo de liberalismo que defiende Campos Coello, sin embargo, esta debe alcanzarse por medio de la voluntad propositiva; en este sentido, la iniciativa se resume como la facultad para realizar cambios por medio de la acción. De modo que, desde este discurso, se

pretende encarar los problemas de la nación o, mejor dicho, sus carencias, a través de la búsqueda de soluciones prácticas. Así pues, el discurso de Campos Coello promueve la idea de que el accionar de cada individuo, siempre y cuando se fundamente en la toma racional de decisiones, es la mejor vía para alcanzar el progreso de la nación. Consecuentemente, si lo que se busca es construir una nación por medio de la iniciativa de individuos bien instruidos, el componente de la educación se constituye como un pilar fundamental. A propósito de este punto, en *La Receta* se puede leer el siguiente fragmento: “Los hombres se han convencido al fin de que es necesario considerar la instrucción pública como el primer motor de la humanidad; de que el *Maestro* es uno de los funcionarios más respetables en el organismo social” (Campos, 1893, p.36). Por ende, individuos bien instruidos, amparados por un Estado que sea capaz de proporcionarles una educación pública de calidad, son los que ponen en funcionamiento los engranajes de la nación.

Además, el sentido de progreso que se construye en la novela, no solo se puede inferir en base a los puntos que se han señalado con anterioridad, sino que también, en determinado momento, la voz del señor Esperanza se hace presente para definir en qué consiste el “progreso” entendido desde la mirada de un hombre del siglo XX. Este personaje resalta dos puntos importantes en su definición de progreso; el primero, es que este se sustenta sobre la acumulación de conocimientos, dando cuenta del porqué la ficcionalización de Campos Coello en la novela, es decir, “R”, sirve tan bien como estandarte del progresismo, pues el novelista guayaquileño dedicó gran parte de su vida, no solo a la función pública, sino también a la vida académica; mostrando interés por todo tipo de disciplinas que iban desde las matemáticas, la física, la filosofía, etc. El segundo punto, resaltado en la definición que el señor Esperanza da del progreso, es que siempre debe existir una visión a futuro; un porvenir al que se debe conducir los avances que devienen de este progreso. Desde este punto, además, se puede trazar un paralelismo con la vida de Campos Coello, quien llevó a cabo su gran obra de dotación de agua potable a Guayaquil, no solo con el fin de beneficiar a los habitantes de su siglo, sino también con la finalidad de sentar un precedente que sirva de inspiración para las futuras generaciones que lo recuerden a través de su novela.

Por consiguiente, Iván Mendizábal concibe que este progreso planteado en la novela, que a su vez deviene del conocimiento, genera avances e innovaciones que son siempre productivas para la construcción de un mejor mañana; de un buen porvenir. “Este se evidencia

en lo transformado, en lo rejuvenecido, en la acción de lo nuevo para producir bienestar; esto es lo que se lee en *La Receta*” (Mendizábal, 2016, p.11). Desde aquí, Mendizábal indica cómo la influencia del pensamiento europeo, basado en lo *racional positivo*, repercute directamente en Campos Coello y su característico optimismo que ve en la ciencia y el conocimiento una base para levantar a la nación. Consecuentemente, Mendizábal pone énfasis en dos perspectivas contrapuestas; si bien, los textos referentes a la historia ecuatoriana del siglo XIX muestran panoramas convulsos que imposibilitan el surgimiento temprano de una nación próspera, el entusiasmo y el optimismo del novelista contrasta con todo lo anterior, indicando que un porvenir más alentador es no sólo posible, sino también urgente. Este pensamiento se ve, por ende, reflejado a lo largo de toda la novela; enmarcando esta obra en el terreno de la anticipación científica desde una perspectiva utópica.

Esta utopía que presenta el autor se basa en un bienestar social donde todos los problemas desaparecen, planteando que el modo para llegar a este orden social pleno se da a través del progreso científico y tecnológico. A partir de esta idea, Iván Mendizábal plantea el concepto de “isla” para describir al Guayaquil de *La Receta*, concepto que es recurrente en las obras de carácter utópico. La edificación de esta *isla utópica* se da a partir de la planificación, en la que se dibuja un espacio distinto de los demás con una forma de gobierno ejemplar. Mendizábal da como ejemplo de esta planificación vista en la novela de Campos Coello, los procesos de urbanización que ocurren como consecuencia de la llegada del agua potable a la ciudad. El señor Esperanza sostiene que, a raíz de la llegada del agua potable a Guayaquil, se pudo alcanzar un crecimiento exponencial de los espacios que componen a la ciudad; mientras que en los años previos a la canalización de agua no existía una planificación para construir las viviendas, fue gracias a esta obra que se pudo implementar una mejor organización en materia urbanística. Además, esta “isla” construida en *La Receta*, representa para Mendizábal, un ideal que debería extrapolarse al resto del Ecuador. Es decir que, Campos Coello no se limita a pensar desde una perspectiva separatista en base a las diferencias regionales, sino que planteaba a Guayaquil como urbe modelo, es que el resto de ciudades del país podrán emular la experiencia del puerto principal, para así implementar en sus propios gobiernos locales este modelo basado en la racionalidad científica.

Para complementar, Mendizábal destaca otra particularidad que se hace presente en la concepción de Guayaquil como *isla utópica*: la representación de la ciudad como Estado-

nación equiparable, en cuanto a progreso tecnológico y desarrollo económico, a otras metrópolis del resto del mundo. En *La Receta*, este modelo social utópico se corresponde con lo que, según Mendizábal, es un elemento presente en el género de las “utopías fundacionales”: el planteamiento de un espacio y tiempo distante al del escritor, para remarcar una separación entre lo que se ve en la obra y la realidad que experimenta el autor. De este modo, se pretende conseguir un efecto positivo en el lector; si la utopía se presenta desde un lugar o tiempo remoto, al cual solo se puede acceder mediante los mecanismos de desarrollo científico-tecnológicos, se construye un ideal con el que se puede aspirar si se implementan estos mismos mecanismos en el mundo concreto del lector. En el caso de *La Receta*, el viaje en el tiempo representa el tránsito entre el Guayaquil del siglo XIX y la utopía; por medio del elixir mágico, el hombre del presente puede comprobar el progreso concretado en el mundo futuro: “Suponed a un hombre dormido por cincuenta años, y después de este medio siglo, volver a la vida. ¡Cuántos descubrimientos! ¡Cuántas mejoras! ¡Qué adelantos en el mundo! (Campos, 1893, p.21).

Mendizábal concluye que, de este progreso científico presente en la ficción, deviene un inevitable porvenir orientado hacia la libertad tanto del individuo como de la nación. Además, este porvenir es constatado por el personaje de “R” quien “demuestra el amor a la patria” (Mendizábal, 2016, p.13). Dentro de la novela, el momento en que esto se manifiesta de forma efectista ocurre casi al final del relato. Los señores Constancia y Esperanza se presentan junto con Paulina Alejandrina Teodora Rosario Isabel Aurora (PATRIA, si se toma la inicial de cada uno de los nombres) ante un “R” consternado, pues tanto Constancia como Esperanza y Paulina, empiezan a crecer en tamaño, mientras esta última se eleva en los cielos, como si de una diosa se tratara, diciendo la siguiente frase: “Apoyada en la constancia y la esperanza, espero elevarme mucho. Yo soy la PATRIA” (Campos, 1893, p.65). De esta forma, Campos Coello entiende que la nación o patria, se constituye como una especie de utopía lejana, simbolizada en la figura de una Paulina colosal y elevada, pero que por medio de la esperanza y la constancia es posible de alcanzar. En este sentido, la propuesta que Campos Coello plasma en *La Receta* resalta por su visión optimista del futuro, reflejada en una anticipación científica que busca concebir un imaginario positivo en cuanto al porvenir de la nación.

## Conclusiones

El presente trabajo tuvo el propósito de comprender cómo el sentido de nación se configura en la novela de Francisco Campos Coello, *La Receta*. A través de una perspectiva analítica, que entendiéndose a la novela ecuatoriana como *suplemento histórico* de un relato edificador de la nación, es que este trabajo realiza un estudio profundo de dicha novela de anticipación. Es así como, la anticipación científica, además de presentar un género novelesco que en su momento fue novedoso dentro del panorama literario ecuatoriano, sirvió como un instrumento efectivo para crear imaginarios sobre el futuro de la nación. Por ende, se puede concluir de esta novela, que posee cierto componente que la destaca de entre las demás obras que en su tiempo fueron publicadas; pues, además de servir como lectura crítica de los factores políticos, económicos y culturales que circundaron la segunda mitad del siglo XIX, funciona como ejemplo de la visión prospectiva que un escritor puede tener sobre el porvenir de su nación. Esta prospectiva, además, refleja el optimismo de un Francisco Campos Coello que ve en el liberalismo, basado en el desarrollo científico-tecnológico, una alternativa para soñar con un futuro brillante.

Por otro lado, el presente trabajo también pretende resignificar y rescatar el valor que obras como esta, enmarcadas dentro del género de anticipación, tienen dentro del panorama literario decimonónico. Al comprender ciertos aspectos de la coyuntura político-económica que ocurrían en aquella época, producto del desarrollo industrial que influía en el crecimiento de naciones emergentes como la del Ecuador se justifica el surgimiento de una especie de fervor por la idea del progreso en escritores como Francisco Campos; auténtico entusiasta de la ciencia y de los avances tecnológicos que en su época vieron la luz. Lastimosamente, novelas como *La Receta*, han sido desestimadas por la crítica literaria ecuatoriana durante mucho tiempo y se las ha relegado del canon nacional, que por décadas solo consideraba a ciertas obras inscritas dentro de otras corrientes como el modernismo o el romanticismo. Es entonces, que el presente trabajo cobra mayor relevancia no sólo como un acercamiento a la cultura decimonónica a través de sus novelas, sino también como una invitación a redescubrir grandes obras literarias que con los años han quedado marginadas.

## Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Avilés, E. (s.f.). *Agua Potable de Guayaquil*. Enciclopedia del Ecuador.  
<http://www.encyclopediadelecuador.com/historia-del-ecuador/agua-potable-de-guayaquil/>
- Ayala, M. (1994). La Relación Iglesia-Estado Entre Ecuador Del Siglo XIX. *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 1(6), 91-115. <https://doi.org/10.29078/rp.v1i6.443>
- Ayala, M. (2008). Resumen de historia del Ecuador. Corporación editora nacional.  
<file:///D:/Ayala%20Mora%20-%20%20Historia%20del%20ecuador.pdf>
- Bal, M. (1990). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*. Ediciones Cátedra.
- Barthes, R. (1977). *Introducción al análisis estructural de los relatos*. Centro Editor de América Latina.
- Campos, F. (1893). *La Receta, relación fantástica*. (Sin editorial). Texto proporcionado por Iván Rodrigo Mendizábal.
- Carbó, F. (s.f.). *Ultramontanismo*. Enciclopedia Católica.  
<https://web.archive.org/web/20070821111337/http://www.encyclopediacatolica.com/u/ultramonta.htm>
- Cárdenas, R. (2007). El progresismo ecuatoriano en el siglo XIX. La reforma del presidente Antonio Flores (1888-1892). *Andes*, 18(0),  
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701803>
- Corrales, M. (2014). *Iniciación a la narratología*. Centro de publicaciones PUCE.
- Cruz, J. (2013). Los resortes narratológicos de la obra de Greimas. *Revista Escribanía*, 11(2), 85-110. <file:///D:/885-Texto%20del%20art%C3%ADculo-4175-1-10-20150906.pdf>
- Flores, C. (1943). *Apuntes biográficos del Doctor Francisco Campos*. Ministerio de Educación.
- Greimas, A. (1987). *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Editorial Gredos.  
<file:///D:/Greimas%20Sem%C3%A1ntica%20estructural.pdf>

- Maiguashca, J. (1994). El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895. En J. Maiguashca (Ed.), *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930* (pp. 355-420). Corporación Editora Nacional.
- Mendizábal, I. (2016). “La Receta” como literatura del progreso: la primera novela de anticipación científica de Ecuador. *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía*, 4(1), artículo 4. <http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.4.1.4>
- Pérez, R. (s.f.). *Campos Coello Francisco*. Diccionario biográfico. <https://rodolfoperezpimentel.com/campos-coello-francisco-2/>
- Pérez, R. (s.f.). *Los trabajos de Wolf en Guayaquil*. Archivo biográfico. <https://rodolfoperezpimentel.com/229-los-trabajos-de-wolf-en-guayaquil/>
- Pineo, R. (1994). Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925). En J. Maiguashca (Ed.), *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930* (pp. 251-294). Corporación Editora Nacional.
- Pizarro, I. (s.f.). *Las 36 situaciones dramáticas de Polti*. Universidad de Santiago de Chile.
- Polti, G. (1924). *The Thirty-Six Dramatic Situations*. James Knapp Reeve. [file:///D:/TheThirtySixDramaticSituations\\_10254814.pdf](file:///D:/TheThirtySixDramaticSituations_10254814.pdf)
- Renan, E. (11 de marzo de 1882). *¿Qué es una nación?* [Discurso principal]. Conferencia dictada en la Sorbona, París.
- Saniz, L. (2008). El esquema actancial explicado. *Punto Cero*, 13(16). [http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1815-02762008000100011&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1815-02762008000100011&lng=es&nrm=iso)
- Swyngedouw, E., Bovarnick, A. (1994). *La crisis de abastecimiento de agua en la Ciudad de Guayaquil*. ILDIS.
- Tomachevski, B. (1982). *Teoría de la literatura*. Akal editor.
- Unzueta, F. (2007). Escenas de lectura: naciones imaginadas y el romance de la historia en Hispanoamérica. En R. Máiz (Ed.), *Nación y literatura en América Latina* (pp. 69-112). Prometeo libros.
- Walta, G. (4 de noviembre de 2017). *Literatura de anticipación*. Telos Fundación Telefónica. <https://telos.fundaciontelefonica.com/comics-al-servicio-de-la-prospectiva-tecnologica-literatura-de-anticipacion-la-vision-gabriel-h-walta/>